

BISONTE



SERIE
AZUL

BisonTE

LOU CARRIGAN

SALVAJE TEMPESTAD



se

Lectulandia

Unos bandidos están robando un envío de dinero del depósito de Correos cuando les interrumpen la hija del alcalde y la maestra, que van a recoger un paquete perteneciente a la primera. Los bandidos las toman como rehenes y huyen.

Lectulandia

Lou Carrigan

Salvaje tempestad

Bisonte Serie Azul - 0327

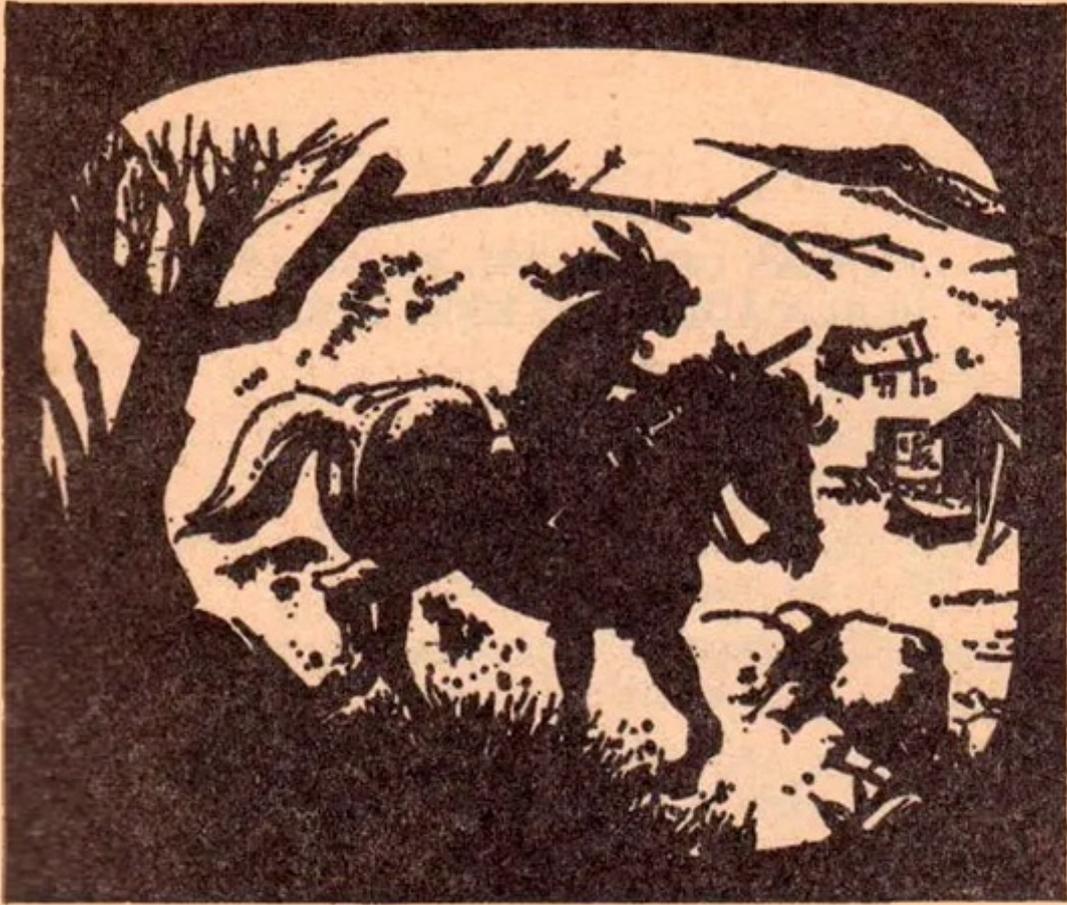
ePub r1.0

Titivillus 24-06-2019

Lou Carrigan, 1977

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com



Bisonte

SERIE AZUL

Todo el mundo

Capítulo I

Gordon Bolter, el dueño del Liverty Stable de Middle Town, alzó la cabeza, dejando de examinar el casco del caballo, y sonrió al ver a sus visitantes. Nada menos que la Ley y el Orden del pueblo: el alguacil Jan Gartzman, y su joven y barbilampiño ayudante, el bobalicón Jerry Newman. Con ellos llegaba otro personaje también bastante importante en la localidad: Parker Elbrick, el factor del parador de la línea de diligencias South Overland.

—Hola, Gordon —saludó el alguacil—. ¿Está Clinton aquí?

—Por allá dentro anda —masculló Bolter—. Y tendría que estar aquí, echándole un vistazo a este animal; habrá que recortarle el casco y ponerle una herradura nueva, claro. Hay jinetes que merecerían que se les echase una sogá al cuello... Me pregunto cómo demonios permiten que a sus caballos se les pudran los cascos. ¿Qué pasa con Clinton? ¿Otro trabajito para él?

—Pues, sí...

—Demonios de muchacho... Me pregunto por qué le gustará tanto llevar una estrella de cinco puntas en el pecho... ¿Hay que perseguir a alguien? ¿Ha ocurrido algo en este pueblo que yo no sepa?

—Eso sería imposible —rió el apuesto Parker Elbrick—. Se trata sólo de un trabajo de seguridad para esta noche, Gordon.

—¿Sí? ¿Qué va a pasar esta noche?

—Esperemos que no pase nada —sonrió secamente el alguacil—. Bueno, iremos; a charlar con Clinton.

—Está bien... Si no está en las cuadras quizá esté en su alojamiento, en la parte de atrás. No tengo quejas de él, porque trabaja mucho y bien, pero a veces desaparece, se encierra allá atrás. Es un muchacho muy reservado.

—Eso no es nada malo, ¿eh? —aseguró el barbilampiño Newman.

—No... No creo que sea nada malo. Pero cada vez que he conocido a alguien tan reservado era porque tenía motivos para serlo.

—Quizá sea que a Clinton no le gusta hablar con los caballos —sugirió Jan Gartzman.

—Sí... Quizá sea eso... Oye —Bolter lo miró hoscamente—: ¿estás diciendo que yo soy un caballo?

Los tres visitantes se echaron a reír. Dejaron al viejo Bolter en la entrada del establo, caminando hacia el interior, buscando a Clinton Cottam por los compartimentos de las cuadras. No había muchos caballos, quizá media docena. Y un par de mulas. Y un burro viejo y lleno de mataduras. El sol entraba en abundancia en el establo, como rayos dorados, anchos, brillantes. Se olía profundamente a estiércol, inevitablemente. Y se veían algunas moscas enormes que zumbaban fuertemente, aunque menos que los gigantescos tábanos.

Clinton Cottam estaba al fondo del establo, sentado en un taburete, cerca de un rayo de sol. Estaba descalzo. Tenía una bota ante él, y la otra en las manos, examinándola muy atentamente, con evidente preocupación. Lo malo de las botas es que se hacen de modo irreparable. Entonces, hay que comprarse unas botas nuevas. O sea, un gasto entre ocho y doce dólares. Depende de la calidad de la bota.

—¿Qué tal, Clinton? —saludó Gartzman.

—Bien —Clinton Cottam miró al barbilampiño Newman, y sonrió afablemente—. Hola, Jerry. ¿Qué hay, señor Elbrick?

—Hola, Clinton.

Jan Gartzman se quedó mirando unos segundos a Clinton Cottam, fijamente. Aquel muchacho le desconcertaba a veces. Por nada especial, ya que a fin de cuentas, cada uno es como es. Lo que le sorprendía y desconcertaba era la dificultad que Clinton parecía tener para sonreír. Y en cambio, cuando sonreía, como acababa de hacerlo en beneficio de Jerry Newman, era toda una sorpresa. Una sorpresa agradable, desde luego, porque Clinton Cottam, como todas las personas que sonríen poco, tenía una sonrisa... luminosa, limpia y clara. Brevísimas, eso sí. Era como un fogonazo blanco, una chispa amistosa en los ojos. Y ya está.

Cuando sonreía, Clinton Cottam parecía más joven y más humano. Eso era: más humano. Porque, normalmente, Clinton no tenía un rostro precisamente simpático: seco, anguloso, duro, estirado; parecía un pedazo de piedra color marrón al que habían colocado dos ojos de un gris intenso, sorprendente. Tenía las manos muy grandes, y unos dedos que era el auténtico y quizá mayor asombro de Gartzman, por su longitud. Era delgado, pero Gartzman había visto una vez a Cottam derribando un caballo, por narices, en la cuadra.

Y en definitiva, lo que más tenía intrigado a Gartzman era el modo en que Clinton Cottam llevaba el revólver: exactamente igual que lo haría un experto pistolero. Siempre limpio, bien engrasado, muy bajo sobre el muslo izquierdo... Clinton era zurdo. Pero, zurdo o no, había ganado el concurso de tiro de Middle Town hacía un par de semanas, dejando atónitos a sus vecinos. Otras dos semanas antes, o sea, hacía un mes aproximadamente, Clinton Cottam había aparecido en Middle Town, en silencio, pasando desapercibido. En realidad, Jan Gartzman no se había dado cuenta de la presencia de Cottam hasta que, un par de días después, lo encontró en el establo, ya contratado por el viejo Gordon Bolter, que, ciertamente, hacía ya tiempo que andaba necesitado de una ayuda. Cuando Clinton se presentó al concurso de tiro, fue la atracción de todos, ya que, si bien parecía un pistolero, jamás había molestado a nadie, era serio, cortés, y algunas veces, muy pocas, incluso amable.

Jan Gartzman, ya conocedor de la facilidad con que Clinton manejaba el revólver, comenzó a preocuparse. Pero, a los pocos días del concurso de tiro, hubo una pequeña dificultad en Middle Town, y el silencioso y reservado Clinton Cottam se coloca al lado de la ley... Lo hizo tan bien, parecía tan emocionado al llevar la estrella de cinco puntas en el pecho, que Gartzman le propuso que aceptara ser su ayudante. Clinton Cottam se negó. Ocho días más tarde, cuatro o cinco tipos aparecieron en el pueblo, se dedicaron a armar jaleo, y desoyeron la advertencia de Gartzman; se negaron a marcharse. Aquellos tipos se divirtieron mucho un par de días. Por fin, con sus bromas, espantaron a media docena de caballos, que estuvieron a punto de aplastar con sus cascos al pequeño Dicky, el hijo de la señora Mowery. Era un niño simpático: y afortunadamente, pudo escapar del enloquecido grupo de caballos, tirándose bajo una de las aceras de tablas. Tres minutos después de esto, Clinton Cottam había aparecido en la oficina de Gartzman, y le había preguntado si podía nombrarle ayudante de alguacil por un rato. Gartzman, que precisamente estaba organizando un grupo de ayudantes interinos para convencer a los indeseables visitantes de que se marcharan, no tuvo inconveniente en aceptar a Clinton.

Y cuando todos iban a salir a plantarles cara a los tipos que se divertían en el tranquilo, bonito y pacífico pueblo de Middle Town, Clinton Cottam dijo que no hacía falta tanta gente, que él solo arreglaría aquel asunto. Y sin dar tiempo a que nadie abriera la boca, se fue en busca de aquellos hombres, que estaban bebiendo y riendo, sentados en los escalones del porche del saloon de Hagerty. Se plantó en el centro de la calzada, con el sombrero muy caído

sobre los ojos, y los estuvo mirando, fijamente, hasta que los otros se dieron cuenta de lo que sucedía. Cuando Clinton supo que estaban pendientes de él, dijo:

—Si ustedes no se marchan antes de una hora, habrá pelea.

Los tipos aquellos miraron hacia el grupo encabezado por Jan Gartzman, algo alejado. Luego, a Clinton Cottam, que parecía de piedra bajo el sol. No hubo pelea afortunadamente. Media hora más tarde, Middle Town en peso veía cómo los indeseables se marchaban. Riendo y haciendo burla, pero... se fueron.

Gartzman volvió a proponer a Clinton que aceptara ser su ayudante fijo. Ganaría quince dólares más que en el establo, no olería a estiércol ni caballos, y trabajaría mucho menos. Clinton Cottam volvió a negarse. Pero, cuando devolvió la estrella de cinco puntas, Gartzman se dio cuenta de que los ojos de Clinton se iban tras la brillante placa. Un muchacho desconcertante, desde luego.

—¿Qué pasa con tus botas? —empezó Gartzman la conversación.

Clinton lo miró, muy serio el rostro, pero con aquella chispa de brillante ironía en sus ojos.

—Que están muy viejas. Estoy intentando arreglarlas, pero todo se cae a pedazos... Bueno, espero que me duren aunque sólo sea un par de meses más. Cosiendo bien las hebillas y la suela, quizá lo consiga.

—¿No sería mejor que se comprase unas nuevas? —insinuó Parker Elbrick.

Clinton también lo miró a él. Parker Elbrick debía tener unos treinta años, era apuesto, vestía bien y, seguramente, la compra de un par de botas nuevas no perjudicaría demasiado su bolsillo.

—Es una idea que tendré en cuenta, señor Elbrick.

Gartzman sonrió, porque para él estaba bien claro que si Clinton no se compraba botas nuevas era por algo. En general, le gustaba Cottam. Tenía algo especial, con aquellos cabellos tan largos, la boca dura y fuerte; a veces, como sucedía en aquel momento, la barba de Cottam era de dos o tres días, y entonces, aquel rostro anguloso tomaba un cierto aire inquietante, quizá maligno.

—Quizá tres dólares te ayudarían a comprar unas botas nuevas —sugirió Gartzman—. Es un trabajo para esta noche.

Cottam lo miró vivamente.

—¿Viene a ofrecerme otra vez la placa por unas horas?

—Sí.

—Bueno..., lo lamento. Temo que hoy no voy a poder aceptar.

—¿No? —se sorprendió sinceramente Gartzman—. Bueno, me pareció que te gustaba llevar la placa. Y si además puedes ganar tres dólares...

—Hoy no puedo —musitó Cottam—. Quizá otro día. De todos modos, gracias, de veras.

—Bien... En realidad, no se trata de nada difícil, Clinton. Esta tarde va a llegar uno de los coches de la South Overland y hará parada en Middle Town antes de seguir, mañana de madrugada, el viaje hacia Eagle Pass, en la frontera con México. La diligencia trae mucho dinero, y durante la noche estará guardado en la caja fuerte del parador... Habíamos pensado poner un vigilante esta noche, por si acaso... Bueno, me pareció que querías ganar tres dólares, Clinton.

—Me gustaría ganarlos —asintió éste—. Pero esta noche no puedo dedicarme a eso.

—Vaya...

—Puedo subir hasta cinco dólares, Cottam.

Clinton miró a Parker Elbrick, con expresión ciertamente amable.

—Se lo agradezco, señor Elbrick. Y de verdad que me gustaría vigilar esta noche su parador, por muchos motivos. Pero no voy a poder hacerlo. Tendrá que buscar a otro. Sam Bible, por ejemplo, es un hombre honrado, y sabe cómo manejar un rifle.

—Sí, desde luego, lo sabemos... Bien, ya le diremos a...

—¡Clinton! —se oyó la voz del viejo Bolter—. ¡Ven a ver si tú puedes dominar a este animal! Maldita sea, ¡le voy a arrancar todos los dientes si vuelve a soltarme otra coz...!

Clinton miró hacia la entrada del establo, sonrió, miró la bota que tenía en las manos, y acabó encogiéndose los hombros.

—Esto tendrá que esperar. No sería bueno que el señor Bolter recibiese una coz fuerte. Veré de ayudarlo.

—Así..., ¿no aceptas?

—Hoy no puedo... Pero me gustará hacerlo otra vez, Gartzman.

—Está bien. Bueno, cada cual conoce sus asuntos, y si no puedes esta noche, por algo será. Otra vez será.

—Sí. Otra vez. Gracias por la oferta. De todos modos, no creo que pase nada.

—Nunca se sabe... —musitó Parker Elbrick—. El envío es muy importante, en oro y billetes. No me gusta tener una cantidad tan grande

durante toda una noche... En fin..., sería mejor que fuésemos a ver a Sam Bible, Jan.

—Sí..., será lo mejor. Hasta luego, Clinton.

—Hasta luego.

* * *

La diligencia llegó poco después de media tarde. Y entonces, Clinton Cottam sorprendió una vez más a Jan Gartzman. El mozo del establo apareció cuando la diligencia se había detenido apenas, y le vio conversar con el conductor, que frunció el ceño, y señaló hacia las oficinas de la South Overland, de la cual salía Parker Elbrick en aquel momento. Clinton negó con la cabeza, señaló lo alto del vehículo y pareció insistir. El conductor encogió los hombros, y Clinton subió a lo alto de la diligencia. Estuvo buscando allí y, por fin, descendió con un paquete bastante voluminoso en las manos. El conductor se acercó a él, le dijo algo, y Clinton señaló hacia él, hacia Gartzman. Luego, los dos hombres se acercaron al alguacil.

—Gartzman, el conductor quiere saber si yo soy Clinton Cottam.

—Lo es —asintió el alguacil.

Eso dejó satisfecho al conductor, que se alejó, refunfuñando sobre las prisas de algunas personas y sobre su gran cansancio después de un montón de millas subido en aquel maldito pescante.

—¿Has recibido un paquete? —se interesó Gartzman.

—Sí.

—Bien... Por el tamaño parecen unas botas, ¿eh?

—No... —sonrió Cottam—, no son unas botas...

—Parece que tenías una gran prisa en recibirlo.

—Bueno... Hace ya muchos días que lo estaba esperando. Yo... me voy ahora.

—Está bien.

De pronto, y al mismo tiempo que Gartzman se daba cuenta de que Clinton Cottam estaba muy bien afeitado, y casi peinadas sus largas greñas color cobre, el alguacil se llevó una sorpresa más con aquel extraño muchacho: lo vio turbarse hasta el punto de que casi enrojeció. Eso si era asombroso: un tipo con cara de malas pulgas, que maneja el revólver como quiere, y se sonroja. Esto era, ciertamente, mucho más asombroso que el hecho de que se hubiera lustrado las viejas botas, se hubiera afeitado, peinado... y hasta llevase una camisa limpia.

Gartzman siguió la dirección de la mirada de Cottam y vio entonces a Nancy Blaine, que pasaba por la acera de tablas, mirando con sonriente curiosidad hacia la diligencia. Ah..., Nancy Blaine. La maestra del pueblo. Debía tener poco más de veinte años, era rubia y, como contraste, tenía los ojos negros y más grandes que Gartzman había visto jamás. Unos enormes, risueños, dulces ojos que a cada mirada parecían lanzar miles de brillantes estrellas. La más deliciosa jovencita que el alguacil había conocido en su vida. Lástima... Sí, lástima que él ya tuviese más de cincuenta años. Nancy Blaine caminaba como si apenas tocase el suelo con los pies, como si fuese a echarse a volar de un momento a otro. Era tan delicada, tan bonita, tan angelical...

Desde luego, Gartzman, y muchos, muchísimos otros, tenían que contentarse con mirarla como a una lejana estrella, pero ya estaban resignados a ello. Y de todos modos, era una gran satisfacción tener en el pueblo a una jovencita como aquélla. Era muy inteligente, y los niños estaban muy contentos con ella. A veces, Gartzman se había preguntado cómo era posible que tan frágil y delicada damita pudiera vérselas con más de veinte chiquillos a cuál más díscolo y camorrista...

—Buenas tardes, señorita Blaine.

—Buenas tardes, señor Gartzman.

Pasó por su lado como un angelito volando... y mirando hacia la espalda del alguacil, quizá con un leve gesto de perplejo interés en aquel momento. Gartzman quiso mirar de reojo a Clinton Cottam, pero no pudo verlo. Tuvo que volverse para conseguirlo.

Clinton estaba tras él, un par de pasos más allá, liando un cigarrillo con desmesurado interés, fijos sus ojos en el tabaco. Parecía que no había nada en el mundo más importante que liar un cigarrillo. Pero lo apretaba tanto, que seguramente iba a romper el papel de fumar.

—Caramba, Clinton... No eres muy cortés, ¿verdad?

—¿A qué se refiere usted?

—Bueno... Podías haber saludado a, la señorita Blaine, ¿no te parece?

—No la he visto...

Gartzman quedó boquiabierto. ¿Cómo que no la había visto, si precisamente él había visto a la maestra siguiendo la dirección de la mirada de Clinton Cottam?

—¿No la has visto?

El cigarrillo no se rompió. Clinton se lo puso en los labios, lo encendió con el fósforo que rascó en su pantalón, y recogió el paquete que había dejado

entre sus pies.

—No —dijo.

Y se fue con su paquete. Gartzman frunció el ceño, pero, al fin, acabó sonriendo. La idea que se le había ocurrido era interesante. Y tenía mucha, muchísima gracia... Miró hacia la diligencia y pensó que más valdría ocuparse de sus asuntos, como atender aquel envío de dinero y asegurarse de que quedaba bien guardado.

Además, era poco probable que estuviese en lo cierto. Muy poco probable. Conocía bien a Clinton Cottam, pese al poco tiempo que vivía en Middle Town. Lo conocía muy bien... Y, desde luego, no sería Clinton Cottam quien se atreviera jamás a acercarse a la lindísima maestra... Era demasiado tímido. Sí, demasiado tímido...

Capítulo II

Nancy Blaine vivía cerca de la salida del pueblo, en una casita pequeña, blanca y roja, con un pequeño jardín delantero protegido por una blanquísima valla de madera, en la cual se enredaban algunas flores. Parecía una casita de juguete.

Por dentro, también lo parecía. Pequeña, limpiísima, con un orden meticuloso y perfecto. Lo más notable y acogedor era la salita... Una salita con sofá, dos sillones, algunas sillas, un aparador, una mesita redonda. Había dos quinqués de cristal pintado. Y, naturalmente, visillos en la ventana.

Cuando sonó la llamada a la puerta de la casita, Nancy Blaine estaba repasando algunos cuadernos de sus alumnos. Y deseando terminar para poder leer un rato. Sin embargo, la visita la alegró.

«Ahí está Betsy... —pensó—. Espero que su tía Carolina esté ya repuesta».

Pero no era Betsy Wender quien visitaba a la maestra de Middle Town. Esta quedó en verdad sorprendida, poco menos que atónita, al ver ante ella las largas greñas recién peinadas, casi tapando completamente la frente del hombre. Él mantenía el sombrero en una mano, con la cual parecía no saber qué hacer. En la otra mano, apretándolo contra un costado, llevaba un paquete. Nancy Blaine miró de arriba abajo al hombre. No de un modo despectivo, sino curioso. Estaba francamente sorprendida.

—Buenas noches, señorita Blaine —saludó él.

—Buenas noches...

—Yo... me llamo Clinton Cottam. Soy el empleado del señor Bolter, el del establo público. Bueno..., ya supongo que usted nunca ha reparado en mí, pero le aseguro que trabajo allí.

—Creo haberlo visto alguna vez —musitó Nancy.

—¿De veras? Bueno..., entonces usted me cree, ¿no es cierto?

—¿A qué se refiere? ¿A lo de su empleo?

—Sí... Sí, sí. Quiero decir que soy... una persona honrada. Tengo un trabajo, no suelo molestar a nadie... Yo... estoy tratando de decirle que no

debe... temer nada de mí, señorita Blaine.

Nancy parpadeó sorprendida.

—¿Y por qué había de temer algo de usted, señor Cottam?

—Pues... Bueno, no sé... Es que mi aspecto... Esto... Yo creo que mi aspecto no inspira demasiada confianza. Lo sé bien. Puedo jurarle que soy una persona pacífica... De todos modos, si mi visita no es de su agrado, pues... me iré por donde he venido. Eso haré.

—¿Entiendo que viene usted a visitarme, señor Cottam?

—Ejem... Sí, exactamente. Oh, pero no... no es nada personal, créame. Bien... Quiero decir que no pretendo... Quiero decir que no es mi intención molestarla de un modo... desagradable. Me ha costado mucho decidirme, se lo aseguro.

—¿Por qué?

—Yo sé muy bien cuál es mi sitio.

—¿Su sitio? ¿A qué se refiere? Señor Cottam, no le estoy entendiendo a usted. ¿Qué es lo que quiere exactamente?

—La estoy molestando, claro... Será mejor que me vaya. Yo... lo siento de veras, señorita Blaine. Buenas noches.

Dio media vuelta, pero ella le sujetó por una manga con dos deditos, y él se volvió, quizá temiendo que si se alejaba podía arrancar aquellos finos deditos, igual que los pétalos de una flor.

—Hasta ahora no veo qué molestias me está usted causando, señor Cottam. Y puesto que ha venido a visitarme, le agradecería que me explicase sus motivos.

—Es que... no me gustaría... molestarla...

Nancy Blaine dio un golpecito en el suelo con un pie, impaciente.

—No me molesta. Dígame, ¿qué desea?

Clinton Cottam miró calle arriba y calle abajo. Luego, a la bellísima jovencita. Estaba un poco pálido, impresionado. Era la primera vez que veía tan de cerca a la más linda muchacha del mundo. Por lo menos, eso pensaba él: no podía haber en todo el mundo ninguna mujer como Nancy Blaine.

—Yo... Volveré otro día... Otro día... Perdóneme por...

De nuevo pareció a punto de irse. Ella le había soltado ya la manga, pero esta vez su sistema fue mucho mejor para retenerlo.

—Por favor, señor Cottam. ¿Quiere pasar?

Clinton se quedó aún más pálido, muy abiertos los ojos, con un gesto de estupefacción en su boca.

—¿Pasar... a su casa? —musitó.

—Sí. Me da la impresión de que usted está demasiado cohibido aquí, en el porche. Usted cree que todo el mundo le está mirando... ¿No es así?

Clinton se pasó la lengua por los labios. Parecía a punto de echar a correr, alejándose rápidamente de allí, pero Nancy Blaine no le dio tiempo. Se apartó de la puerta, haciendo un gesto de autorización a su visitante. Clinton entró y se llevó la mano a la cabeza, como si quisiera quitarse el sombrero. Y lo que hizo fue ponérselo, ya que lo había tenido hasta entonces en la mano. Volvió a quitárselo, rápidamente, enrojando un poco. Miró nerviosamente a su alrededor, hasta darse cuenta de que la señorita Blaine le señalaba el camino hacia la puerta que se veía a la izquierda del vestíbulo.

Fueron hacia allá, y Clinton quedó como clavado en el umbral, al ver el saloncito. Tan clavado, que Nancy tuvo que arreglárselas para pasar por un lado. Se fue directamente a un sillón, se sentó, y señaló el sofá a su visitante.

—Siéntese, señor Cottam.

Clinton tragó saliva.

—No, no... Estoy bien de pie. Estoy muy bien de pie.

—Pero a mí me pone nerviosa verlo de pie.

—Oh... Bueno... Bien...:

Se fue hacia el sofá, lo miró, miró alrededor y, por fin, se sacudió los pantalones, allá por la parte que iba a utilizar al sentarse. El resultado fue que los pantalones y el sombrero utilizado para los golpes, despidieron una pequeña nubecilla de polvo; lo cual hizo tragar saliva otra vez a Clinton Cottam. Pareció dispuesto a continuar en pie, pero miró a la muchacha y comprendió que ella estaba esperando que se sentara. Lo hizo tan a la punta del sofá, que prácticamente no lo tocaba.

—Puede ponerse cómodo —sonrió Nancy Blaine.

Aquella sonrisa fue como si un rayo hubiese rasgado las tinieblas de una noche oscura. Bien, eso al menos es lo que pensó Clinton. Se echó un poco más hacia atrás y volvió a carraspear.

—Yo... yo trabajo con el señor Bolter... —insistió—. Ya sé que usted nunca me habrá visto, pero...

—Lo he visto varias veces, señor Cottam. Esta misma tarde, por ejemplo, delante de las oficinas de la South Overland... Y debo decirle que no me pareció usted muy educado. Somos vecinos, ¿no es así?

—¿Vecinos? Oh, bueno, sí... En cierto modo, claro... Sí, me parece que somos vecinos.

—Entonces, ¿por qué nunca me saluda? Eso es muy descortés por su parte.

—Bien, yo... yo no tenía idea de que usted me veía...

—Es usted lo bastante grande para que cualquiera pueda verlo con toda facilidad.

—Sí... Bueno, soy un poco demasiado alto, lo sé... Pero me parecía que nadie se fijaba en mí... Quiero decir... Bueno..., no sé si le he dicho que trabajo con el señor Bolter...

—Con ésta ya son tres las veces que usted lo dice. Sé muy bien que es usted el mozo del establo público.

—Sí... —palideció de nuevo Clinton—. Sí, ése soy yo. Bueno, cada uno trabaja en lo que puede...

—No es necesario que se disculpe. Si usted se afeitara todos los días, como ha hecho hoy, y saludase a sus vecinos, quizá se convencería de que nadie le quiere mal. Resulta muy agradable cuando se afeita, señor Cottam.

—¿Sí? —abrió mucho los ojos Clinton.

—Quiero... quiero decir... Oh, bueno, le he visto algunas veces afeitado, y quiero decir que su presencia no tiene por qué ser molestia para nadie.

—¿De veras me conoce usted? ¿De veras me ha visto alguna vez, señorita Blaine?

—Sí... Por casualidad, claro... Yo... paso algunas veces por delante del establo... Cuando voy y vengo de la escuela, eso es.

—Ah... Claro, sí, lo entiendo. Caramba es cierto...

Pues no. Ni estaba claro, ni podía entenderlo, ni era cierto, ya que la señorita Blaine, para ir a la escuela o regresar desde ésta a su casa, no tenía la menor necesidad de pasar por delante del establo.

Se quedaron silenciosos unos segundos los dos, ella un poco mortificada ante el temor de que él se diese cuenta de su tonta mentira, y él pensando que era cierto que la señorita Blaine pasaba varias veces al día por delante del establo. Caramba, ¡si lo sabría él, que se pasaba el tiempo esperando ese acontecimiento! Desde luego, el camino que seguía la señorita Blaine era un tanto raro, pero cada uno camina por donde le da la gana. Y si ella quería pasar por delante del establo cada vez, pues... sus motivos tendría. Aunque... ¿qué motivos? ¿Qué podía haber por allí que le interesase a la señorita Blaine? Los caballos, no, desde luego, porque ella no tenía ninguno. Además, para pasar por delante del establo tenía que desviarse y...

—Señor Cottam.

—¿Sí?

—¿Qué desea usted concretamente?

—Quiero ser alguacil.

—¿Alguacil? —Nancy parpadeó—. Bien, debo admitir que es un noble deseo. Una persona dedicada a servir a la ley no cabe duda de que es útil a sus semejantes.

—Sí..., ¡eso es lo que he pensado yo!

—Claro... Pero ¿por qué me dice esto a mí? No creo poder ayudarle a conseguirlo. Más bien creo que deberá dirigirse al señor Gartzman, ¿no le parece?

—Oh, bueno, él ya me propuso ser ayudante suyo. Pero no acepté.

—Es usted ambicioso, por lo que veo. No quiere ser ayudante, sino alguacil.

—No, no... No es eso. Verá usted, yo me conformaría con ser el ayudante del señor Gartzman, de veras. Él es ya un hombre mayor, y yo no soy de los que tienen prisa. Además, creo que trabajando con él podría aprender muchas cosas, y así, cuando tuviera que ocupar su puesto sabría cumplir muy bien mi trabajo. Quiero decir que no pretendo quitarle el puesto a Gartzman... Caramba, no. Por el momento, yo me conformaría con ser su ayudante. Este es un pueblo muy bonito y agradable... Hay buena gente. Todas las mañanas, cuando veo el sol por la ventana de... de la cuadra, pienso que va a ser un hermoso día, que veré buenas personas, que tengo un sitio donde dormir y algo para comer, y que nadie me trata mal. Y luego, cada día, tengo también el aliciente de que la veré pasar cuatro veces por... No..., no, no... Eso... eso es otra cosa. Estaba diciendo que me gusta este pueblo, y que quisiera ser un buen ayudante de alguacil, y más adelante, si era posible, ser yo el alguacil, y saber que puedo defender a mis amigos y vecinos de cualquier contratiempo. Yo... soy un poco... especial con el revólver...

—Lo sé.

—¿Sí?

—He oído cosas de usted.

—¿De veras? Vaya, esto es sorprendente... No hace ni siquiera un mes que llegué aquí, señorita Blaine.

—También sé eso. Lo vi llegar.

—¿Usted me vio llegar? —se pasmó Clinton.

—Yo estaba en la escuela y me asomé a una ventana... Usted llegó a caballo, por la punta norte de la calle. Iba muy sucio y barbudo, lo recuerdo perfectamente... ¿Usted no recuerda haberme visto en aquella ventana, señor Cottam?

—Pues yo... Sí, claro... Pero no se me ocurrió que usted me estaba mirando a mí... Creí... que no me había visto... Supongo que la molesté

mirándola tanto rato, pero creí... que no me veía...

—Oh, sí... Le vi muy bien. Y luego le he visto cada día...

—¿Cada día? —exclamó incrédulamente Clinton.

Nancy Blaine desvió la mirada, Clinton pensó que aquello que a él le parecía sonrojo en el rostro de la muchacha era debido a que al cambiar de postura la luz la iluminaba de otro modo, y... Bueno, la luz tenía siempre el mismo color, de modo... Era raro aquello...

—Quiero decir muchas veces, no cada día... —murmuró ella.

—Ah...

—Señor Cottam, ¿por qué ha venido a decirme a mí que quiere usted ser alguacil? Si el señor Gartzman ya se lo propuso y usted lo rechazó, no veo qué puedo hacer yo en su beneficio.

—Usted es maestra.

—Sí..., desde luego.

—Bien, yo... ¿Puedo deshacer este paquete?

—Claro... Oh, sí, desde luego.

Clinton deshizo el paquete que, efectivamente, no contenía unas botas nuevas. Cuando el paquete quedó abierto, Nancy Blaine se quedó mirando, un poco sorprendida, el montón de libros y cuadernos.

—Son... son libros —musitó Cottam—. Yo... yo... yo los pedí a Saint Angelo. Estuve una tarde en Rock Springs, y allá, un caballero muy amable me escribió la carta pidiendo estos libros a Rock... No..., a Saint Angelo, quiero decir. Yo le... le dije que quien pedía los libros a Saint Angelo era un muchacho, amigo mío, que se llamaba Clinton Cottam.

—Pero los libros son para usted.

—Sí.

—¿Y por qué no quiso que aquel hombre de Rock Springs supiera que eran para usted? Además, esos mismos libros quizá habría podido conseguirlos en Middle Town, señor Cottam.

—Sí, pero yo... yo no quiero que nadie sepa que los tengo...

—¿Por qué?

—Supongo que se reirían si supieran que alguien que no sabe leer ni escribir se gasta dinero en libros. Son... son libros sencillos, como los que tienen sus alumnos... Son libros y cuadernos para aprender a leer y escribir... Bien, yo...

—Usted no sabe leer ni escribir; señor Cottam.

—No.

—¿Y no quiere que nadie se entere de ello?

—No..., no quiero.

—Por eso ha rechazado usted la oferta de Gartzman para ser su ayudante. Para serlo, y más aún para ser el alguacil, usted tiene que saber leer y escribir.

—Sí...

—Y usted quiere que yo le enseñe.

Clinton Cottam volvió a pasarse la lengua por los labios.

—Bien... Mire, yo... yo tengo algunos dólares ahorrados... Le pagaría sus clases y:... Quiero decir que no pretendo aprovecharme de usted... No. Yo..., vamos, no es que usted no me guste... No... No es eso, no... Estoy diciendo que si yo supiera leer y escribir, pues podría conseguir lo que deseo, y entonces...

—¿Qué?

—Nada..., nada. Sólo se trata de que quiero aprender, señorita Blaine. ¿Le parece que ya no puede ser?

—¡Claro que puede ser!

—¡Bien! ¿Y cuánto... cuánto tardaría yo en...? No es que tenga prisa... Y, además, ahora que lo pienso más detenidamente, quizá no sea posible que usted me enseñe. Es que yo quisiera... que nadie se enterase de esto...

—Pero, señor Cottam, si usted viniese a visitarme con toda la frecuencia necesaria para aprender a leer y escribir en un plazo de tiempo razonable, la gente consideraría que me visitaba demasiado... Y si no sabían que era para aprender, podrían pensar... otras cosas.

Clinton parpadeó. Luego, una vez más, quedó pálido.

—Creo que no soy muy listo... —murmuró roncamente—. Ha sido usted muy amable, señorita Blaine. Me... me iré con mis libros a otra parte. Han llegado hoy mismo, y quería pasarme la noche intentando leer o comprender algo... Estaba impaciente... Pero comprendo que si no saben para qué la visito... Bueno, no creo que nadie pensase que usted me hacía caso a mí, pero...

Nancy Blaine iba a decir algo cuando de nuevo sonó una llamada a la puerta. Clinton se envaró un instante y, en seguida, comenzó a empaquetar de nuevo los libros nerviosamente.

—Tengo que irme... Me voy en seguida, señorita Blaine...

—No. Espere un momento. Regreso en seguida.

—Pero yo...

Nancy Blaine salía ya del saloncito, de modo que era inútil hablar. Clinton ató el paquete, con fuerza, irritado consigo mismo. Había sido un imbécil, eso estaba bien claro... Oyó la voz de Nancy, en una alegre exclamación. Luego,

otra voz, también de mujer. Luego, los pasos hacia el saloncito. Y Nancy Blaine apareció allí acompañada nada menos que de Betsy Wender, la hija del alcalde de Middle Town, la cual se quedó asombradísima ante la visita que tenía la maestra.

—Es el señor Cottam... —musitó Nancy Blaine—. Supongo que lo conoces: está empleado con el señor Bolter.

—Oh, sí. Me ha limpiado muchas veces mi caballo.

Esta vez, Clinton Cottam enrojeció completamente. No por haberle limpiado el caballo varias veces a la señorita Wender, sino por el tono displicente, casi despectivo de ésta. O quizá irónico... O todo a la vez. En realidad, aparte de estar muy asombrada, Betsy Wender parecía estar a punto de echarse a reír.

—Yo... me voy ya. Buenas noches.

—Le acompañaré, señor Cottam... —dijo Nancy.

Clinton salió apresuradamente del saloncito con el paquete de libros bien envuelto bajo el brazo. Estaba saliendo al vestíbulo cuando oyó la voz burlona de Betsy Wender:

—¿Qué hace ese hombre aquí, Nancy? Huele a establo desde la puerta de la casa.

—Yo... yo le pedí que me buscara un buen caballo para montar, que fuese manso... Él se está interesando mucho...

—¿Vas a comprarte un caballo? Oh, bien, pero ni aun así me parece apropiado que recibas a ese hombre en tu casa, ¿no crees? Apesta a estiércol, de veras. ¡Y parece tan torpe...! No me parece la persona adecuada para que le tengas ninguna clase de trato, querida.

—Perdona... Voy a despedirlo...

—Ten cuidado con él. Apuesto a que no vacilará en decirte alguna grosería cuando menos lo esperes.

Clinton Cottam estaba ya abriendo la puerta de la casita cuando Nancy le alcanzó. El mozo del establo estaba pálido y, como contraste, la maestra mostraba el rostro completamente sofocado. Era absurdo suponer que Clinton Cottam no había oído los comentarios de Betsy.

—No se moleste... —murmuró roncamente Clinton—. Puedo abrir yo solo...

Lo hizo y salió rápidamente al porche, con un par de largas zancadas casi violentas.

—Señor Cottam...

—Comprendo que la he molestado. Le ruego que me perdone... Yo sólo quería... Bueno, es evidente que he cometido una gran equivocación. A mi edad, ya sólo puede uno cuidarse de caballos ajenos, y no pensar en tonterías... De todos modos, gracias por atenderme tan amablemente, señorita Blaine. Adiós.

Ella volvió a sujetarle de una manga. Cuando habló, lo hizo en voz baja, intentando sonreír.

—¿Le parece bien mañana... a esta misma hora?

—¿Mañana?

—Sí... Hoy no puedo atenderle. Betsy ha estado fuera algunos días, y querrá charlar conmigo. Pero mañana podemos empezar las... las clases.

Clinton quedó como si acabase de recibir un rayo en medio mismo de la cabeza.

—¿Está diciéndome... que va a enseñarme...?

—Desde luego. Será un pequeño secreto entre nosotros, señor Cottam. Mientras tanto, sería conveniente que usted empezase, a buscarme un caballo... apropiado. Eso hará comprender a todos el porqué de sus frecuentes visitas... ¿No le parece?

—Pe... pero un caballo es... es fácil de encontrar...

—Oh, es que yo soy muy exigente... ¿No lo sabía? —sonrió la maestra, dulce—. O sea, que tardaremos mucho en encontrar un caballo que me guste.

—Sí... Entiendo... Yo...

—Buenas noches, señor Cottam. Mañana, a las ocho. Espero que no se olvide de nuestra cita.

—No... Yo no... No... Desde luego que no...

Nancy Blaine volvió a sonreír, y entró en la casa. Antes de cerrar la puerta, todavía miró una vez más a Clinton, que parecía petrificado en el porche. Volvió a sonreírle, cerró la puerta, y quedó apoyada de espaldas en ella, todavía con la dulce sonrisa en los labios, y notando el cálido y velocísimo latir de su corazón. Las cosas, a veces, parecen muy complicadas, pero, de pronto, puede surgir algo que... Recordó de pronto, sobresaltada, que Betsy Wender la estaba esperando, y fue hacia allá. La hija del alcalde tenía la naricilla arrugada en un gesto de repulsión.

—Comprendo que no está bien que un hombre se perfume —dijo con negligencia—, pero, francamente, en el caso de Cottam no estaría de más.

—Quizá le preste alguno de mis perfumes —rió Nancy, sin convicción—. Será conveniente, ya que tendrá que ir volviendo por aquí, para informarme

sobre los caballos que vaya viendo... Oh, pero dejemos eso. ¿Cómo está tu tía Carolyn?

—Completamente bien. De todos modos, habría vuelto mañana pero estaba impaciente por ver mi vestido nuevo.

—¿Tienes un vestido nuevo?

—Lo encargué en Saint Angelo. Debe haber llegado hoy con la diligencia. He pensado que te gustaría verlo.

—Oh, sí... ¿Ahora?

—Estoy tan impaciente... ¡Quiero ir a recogerlo ahora mismo! Se lo dije a papá, pero él ha estado muy ocupado. ¿Qué te parece si me acompañas a buscarlo al parador de la South Overland?

—Podrías esperar a mañana...

—¡De ninguna manera! Estoy segura de que no dormiría esta noche si no conseguía ver ese nuevo vestido. No creo que Parker ponga ningún inconveniente en entregármelo esta noche.

—Estoy segura de que no —sonrió maliciosamente Nancy—. Me pregunto qué es lo que Parker Elbrick podría negarte a ti.

Se echaron a reír las dos. Luego, Nancy Blaine convenció a Betsy Wender de que antes de ir a buscar el vestido podían tomar una taza de té, mientras la hija del alcalde la ponía al corriente del estado de tía Carolyn y de cómo había pasado los días con ella, cuidándola, en el viejo rancho alejado de Middle Town... Durante casi una hora, las dos estuvieron conversando animadamente, hasta que Betsy lanzó un gritito de espanto.

—¡Es tardísimo! —exclamó—. Y papá debe haber regresado a casa hace rato. Bueno, ¿me acompañas a buscar el vestido?

—Vas a molestar a Parker. Eres demasiado impaciente.

—Tienes razón, pero de veras que no dormiría si no me viese esta misma noche con el vestido nuevo ante el espejo... ¡Tú me ayudarás a ponérmelo, y me dirás qué defectos le encuentras!

—Está bien —rió Nancy—. No creo que ninguna, mujer en su sano juicio rechace semejante proposición. Espera, voy a por mi chal...

Poco después, las dos mujeres salían de la casa de la bella maestra, y se dirigían, siempre charlando animadamente, hacia las oficinas de la South Overland. Así, de modo tan simple, puede iniciarse, en ocasiones, una violenta, salvaje tempestad.

Capítulo III

Cruzaron la calle con un poco de recelo, muy bien cogidas del brazo. Ciertamente, no temían nada de sus vecinos, pero algunas veces llegaban forasteros que complicaban las cosas. De todos modos, aquella hora era ya un poco tardía para ellas, pues se oían las risas en los saloons y tabernas, por entre la música. A veces, alguien se emborrachaba un poco, y ocurrían cosas un tanto molestas.

—Deberíamos esperar a mañana —sugirió Nancy—. Además, quizá Parker ya no esté en las oficinas, Betsy.

—Oh, sí está... Se ve luz en una de las ventanas. Recogeremos el paquete y volveremos en seguida.

Llegaron por fin ante la puerta de las oficinas de la South Overland, en una de cuyas ventanas, efectivamente, se veía luz. No se oía nada dentro. Pero si había luz es, que alguien estaba allí. Posiblemente, casi con toda seguridad, el propio Parker Elbrick, que solía quedarse en muchas ocasiones, para dejar al día todos los asuntos.

Betsy Wender llamó a la puerta, pero casi medio minuto después no había recibido todavía respuesta.

—Sería mejor que nos fuésemos —insistió Nancy, un poco inquieta...

—Parker —llamó Betsy—. ¡Parker, soy Betsy! ¡Por fav...!

La puerta se abrió de pronto, y las dos mujeres entraron.

Lo primero que vieron fue a uno de sus vecinos, el buenazo de Sam Bible... Estaba tendido en el suelo boca arriba, muy pálido el rostro, y con las dos manos crispadas en el vientre. Por entre los dedos brotaba un líquido de tono granate, muy espeso... Betsy Wender se llevó una mano a la boca, y mordió los dedos, pero ni aun así pudo contener completamente el grito de espanto. Nancy Blaine, casi tan pálida como Sam Bible, se llevó las manos al pecho, como si quisiera evitar que su corazón estallase, reventándolo.

La puerta se había cerrado tras ellas, y cuando se volvieron, todavía mudas de espanto, se encontraron delante a un hombre desconocido. Un tipo

barbudo, polvoriento, torvo; de pequeñísimos ojos negros que brillaban cruelmente. Un tipo que las apuntaba con un tremendo 45.

—Silencio, nenas... —sonrió secamente—. Y caminad hacia la oficina. ¡De prisa!

—Dios mío... —gimió Nancy—. ¡Santo Dios...

—Cierra la boca y olvida tus rezos. ¡Caminad!

Se adelantó, y empujó con la mano izquierda a Nancy por un hombro, casi derribándola. Betsy la ayudó a mantener el equilibrio, y en seguida casi corrieron hacia la oficina privada de Parker Elbrick. La caja fuerte estaba allá, así como el papeleo de los asuntos más importantes.

Cuando entraron, vieron a tres hombres más, de catadura parecida al primero. Uno de ellos era gigantesco, con una espesa y larga barba pelirroja, ojillos verdes, y una bocaza tremenda, de labios muy gruesos... Pero pronto vieron a Parker Elbrick. Estaba tendido de bruces junto a la caja fuerte, que se veía abierta... y vacía. Uno de los hombres llevaba un saco de lona en una mano, y parecía impaciente por salir de allí. Entre otros dos, sostenían una pesada caja de madera, que había sido envuelta con una cuerda varias veces, de modo que disponían de cómodos asideros para su transporte.

El pelirrojo no llevaba nada en las manos. Excepto su revólver, en la derecha.

Betsy Wender intentó correr hacia el caído Elbrick, pero el pelirrojo la sujetó por un brazo, haciéndola girar, y pareció a punto de golpearla en la cabeza con el revólver.

—Será mejor que se esté quieta, jovencita... ¿Qué demonios han venido a hacer aquí?

El hombre que las había recibido en la puerta adelantó un paso, sacando un cuchillo.

—Déjame solucionarlo, Jacob. Sin ruido de disparos puedo hacer callar para siempre a estas nenas tan lindas...

—Espera... Conviene saber si han venido solas o va a venir alguien tras ellas. No es normal su presencia aquí, quizá vengan hombres después que ellas... ¿Es así? —miró fijamente a Betsy.

Esta comenzó a mover la cabeza negativamente. Estaba tan asustada que no tenía fuerzas para hablar.

—¿No las acompaña ningún hombre?

—No —musitó Nancy Blaine, palidísima.

—Eso está mejor... ¿Qué han venido a hacer aquí?

—Ella..., ella venía a recoger un vestido que ha llegado hoy con la diligencia...

—¿A estas horas venían a recoger un vestido?

—Parker nos lo habría... entregado... Es... amigo nuestro...

—Estamos perdiendo demasiado tiempo —gruñó el del cuchillo.

—Eso crees tú, Sheldon. No me fío de estas mujeres... No debe ser cierto eso del vestido. No sé... No me gusta esto.

—Matémoslas y vámonos de aquí.

—¿Cómo se llama usted? —dio un tirón Jacob al vestido de Betsy Wender.

—Be... Betsy Wender...

—¿Wender? ¿Tiene algo que ver con el alcalde de este lugar?

—Es... mi padre...

—¿De veras? ¿Betsy Wender?

La soltó, y fue hacia la mesa del despacho de Parker Elbrick, donde se veía un gran paquete rectangular, que alzó con un solo dedo, pasándolo por el cordel.

—Bien, bien, bien... Parece que es cierto que aquí puede haber un vestido.

—Ya... ya se lo hemos dicho... —musitó Nancy—. Parker es... amigo nuestro, y seguramente pensaba... llevarle el vestido a ella a su casa, esta misma noche...

—Pues no creo que pueda hacerlo. ¿Les gustaría continuar con vida, jovencitas? —las dos se lo quedaron mirando, aterradas, y el pelirrojo barbudo sonrió, divertido—. Pues tendrán que portarse bien. No vamos a desperdiciar esta ocasión de cubrirnos las espaldas. ¡Nada menos que la hija del alcalde...! ¡Walworth, Bill, silbad a Alex, a ver si todo está bien por ahí fuera!

Los dos que llevaban la caja se dirigieron fuera del despacho, y giraron hacia la izquierda. Iban hacia la puerta de atrás de las oficinas, que daba a las cocheras. Todos oyeron el suave silbido. Luego, casi en seguida, mucho más apagado, otro silbido idéntico. Uno de los dos hombres volvió rápidamente.

—Todo está bien, Jacob.

—Pues nos vamos... Y nos llevaremos a estas lindas palomitas. Será mejor que el alcalde se lo piense antes de autorizar a nadie a perseguirnos, cuando descubran lo que ha pasado aquí. Usted, tire ese chal al suelo.

Nancy Blaine obedeció, envarada, asustada. Jacob dio un tirón a la ropa de Betsy Wender, arrancándole una manga, que tiró junto al chal de la

maestra.

—Esto les hará comprender que tenemos a las chicas —sonrió—. Y ahora, salgamos. Id con mucho cuidado: tenemos un buen trozo a pie hasta donde nos espera Louise con los caballos. Ustedes caminen. Y si intentan escapar, o abren la boca una sola vez, se quedarán en este pueblo..., pero será en el cementerio... ¿Lo entienden?

—Sería mejor matarlas... —gruñó Sheldon—. Nos vamos a complicar la vida con ellas, Jacob.

—Al contrario. No creo que nos alcancen nunca, pues jamás pensarán la ruta que vamos a tomar, pero si nos alcanzasen... Bueno, no creo que les gustase ver degolladas a esas dos chicas tan bonitas. ¡En marcha! Deberíamos llegar allá antes de que la tempestad sea demasiado fuerte.

* * *

Jan Gartzman acabó su café, junto a la ventana, y dejó el pote de hojalata sobre la apagada estufa.

—Se está acabando el buen tiempo —gruñó—. Dentro de poco tendremos que encender la estufa, Jerry.

—Oh, todavía falta tiempo para eso —sonrió el barbilampiño ayudante.

—No creas... Te apuesto un cuarto de dólar a que esta noche misma habrá una buena tormenta de arena en las planicies. El cielo está completamente despejado, y hay un airecillo frío... Habrá una hermosa tempestad de arena.

—Esperemos que no llegue hasta aquí.

—No creo. Por suerte, sólo nos alcanza una vez o dos al año. Y eso, con suavidad. Y en pleno invierno, no ahora. Pero no me gustaría tener que cabalgar esta noche por Little Plain. Ni creo que haya nadie tan loco que se arriesgue a hacerlo. Bueno... Iré a hacer una ronda.

—Bah... Este es un pueblo tranquilo.

—Mejor. Oye, prepara más café. Te enviaré a Sam, y yo me quedaré allá unos minutos, mientras él toma su café.

—Está bien.

Jan Gartzman fue al perchero y tomó su sombrero. Se quedó mirando la cazadora, vacilante. Miró hacia la ventana, y asintió con la cabeza. Decidido: se pondría la cazadora. De día, el sol era todavía de cien mil demonios atizando el fuego del infierno, pero de noche la cosa empezaba a cambiar. ¡Maldito invierno! Se les estaba echando encima a toda marcha, enseñando ya sus uñas.

—Cuando yo vuelva podrás marcharte a tu casa, Jerry.

—Bueno. Pero no tengo prisa. Me gusta estar aquí.

Gartzman encogió los hombros, se abrigó bien con la cazadora, y salió a la calle, resoplando con irritación al notar el frío vientecillo.

«Incluso un dólar completo me apostaría a que habrá tempestad de arena en Little Plain... Mañana mismo encenderé la estufa».

* * *

Empezaba a notarse el frío allí dentro, y hasta se oía el suave silbido del viento por las rendijas del cobertizo. El viento pasaba por entre las maderas, como adelgazándose, y protestando por ello con su escalofriante silbido. Lo cierto era que cuando había llegado a Middle Town, un mes antes, aquel alojamiento le había parecido bueno... Pero la llegada del invierno le hizo recapacitar. El espacio era pequeño. Un simple cobertizo detrás de las cuadras, con entradas por atrás, por medio de una carcomida escalera; también se podía entrar desde las cuadras. Esto era muy cómodo, pero... era lo único cómodo allí. Había el sitio justo para un catre, un par de sillas, algo que podía ser un armario, y un extraño, feo y viejo buró que cualquiera sabía de dónde lo había sacado el viejo Bolter.

Sí... La verdad era que no se podía decir que su situación fuese próspera.

Recordó la casita de Nancy Blaine, la maestra. Mejor dicho: recordó a la maestra, una vez más. Siempre la recordaba por la calle, o asomada a aquella ventana de la escuela, donde la viera la primera vez, al llegar al pueblo. Ahora sería peor... Mucho peor, ya que la recordaría también en su casita, en aquel saloncito delicado, limpio, acogedor, casi fragante... No. Debía ser ella la señorita Blaine, la que era fragante. Olía siempre a algo fresco. Y aquella noche había hablado con ella... ¡La había tenido ante él, frente a frente, casi respirando su aliento! De cerca aún era más bonita, y más delicada.

Clinton Cottam se dio cuenta de que, como otras veces, su corazón latía a toda prisa, fuertemente, y decidió dejar de pensar en la señorita Blaine. ¿Para qué pensar en ella? Era verdad: él olía a establo... A caballos, a estiércol... ¡Seguramente también olía a orines de caballo! Pero no se podía evitar. Lo que sí se podía evitar era decírselo a él. La señorita Blaine no lo había hecho, ni había arrugado la naricita ni una sola vez, pese a que, inevitablemente, tuvo que notar su olor, por bien que él se hubiera bañado. En cambio, la hija del alcalde había sido... cruel. Sí, cruel. Pero la señorita Blaine tenía unos ojos tan grandes y tan limpios... Oh, eran enormes... Enormes, sí. Los había tenido ante él, fijos en él... Clinton Cottam pensó que si la señorita Blaine estuviese allí, mirándole, él ni siquiera notaría aquellas cuchilladas del frío

exterior. Cuando había estado en el saloncito de ella, no había ninguna estufa encendida y, sin embargo, ¡qué bien había estado! Claro que... Bueno, seguramente, eran los ojos de la señorita Blaine los que lo hacían sentirse tan bien.

Eso debía ser.

Dejó de mirar el libro. ¿Para qué mirarlo, si no entendía nada de nada? Era inútil. Sabía cuatro o cinco letras, y entendía los números de las páginas. Eso era todo. Pero al día siguiente empezaría a aprender. Bien mirado, era un hombre de suerte: no sólo iba a aprender a leer, sino que estaría muchos, muchos días, cerca de la señorita Blaine... Demonios, eso sí que era tener suerte. ¿O no? Porque cuanto más la viese, sería peor. Cuanto más la viese, más iría llenando Nancy Blaine su solitario corazón. Eso estaba bien: su solitario corazón... Y ella lo llenaba completamente...

¡Bah! Sueños... ¡Sueños, sueños, sueños! Pero ¿por qué no soñar? Podía soñar, por ejemplo, que la señorita Blaine le visitaba en su cobertizo. Por nada malo, no... O sea que él no pretendía... No, no era eso. Pero podía soñar que ella lo visitaba, para enseñarle a leer, y que le llamaba Clinton a secas, y le pedía consejo sobre un caballo que quería comprar. O quizá le pedía que la enseñase a disparar... No. Eso, no. Vamos, ni pensar en que la señorita Blaine aprendiese a manejar un revólver. Lástima, porque en eso sería él quien le daría clases a ella. ¡Vaya si podría darle clases! Si ella fuese a su cobertizo y...

La llamada a la puerta lo sobresaltó tanto que se puso en pie de un salto, derribando la silla, y por poco el quinqué que tenía sobre el buró, al golpearse con éste en una rodilla.

—¿Quién es? —casi gritó.

—Abre, Clinton.

Claro. No era la señorita Blaine. Como sueño, bien estaba. Pero la realidad es siempre muy diferente a los sueños.

Abrió la puerta y se quedó mirando todavía con expresión sobresaltada a Jan Gartzman, que, por cierto, estaba muy pálido. Tras él, y aún más pálido, estaba el simpático y amistoso Jerry Newman, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Hola, señor Gartzman... ¿Ocurre algo?

—Clinton, ¿has estado hoy en las oficinas de la South Overland?

—Sí. Bueno, no en las oficinas... Usted me vio. Le pedí el paquete directamente al conductor... ¿Recuerda? Fue cuando la señorita Blaine pasó por allí y usted me dijo...

—¿No has estado hoy dentro de las oficinas del parador?

—No. La verdad es que nunca he estado allí. A veces, el señor Elbrick me ha llamado para que examinase algún caballo, pero siempre he ido a las cuadras del parador. ¿Por qué me pregunta eso?

Jan Gartzman entró en el cobertizo, seguido de Newman. El alguacil adelantó su mano izquierda, cerrada. La abrió, colocándola muy cerca de los ojos de Cottam.

—¿Conoces esta hebilla de bota, Clinton?

Cottam parpadeó. Luego bajó la mirada hacia sus pies y se quedó mirando su bota izquierda, en la cual, ciertamente, faltaba la hebilla.

—Bueno... —sonrió, empezando a alzar a cabeza—. He debido perderla por...

Se quedó mirando el revólver. Luego alzó la mirada hacia los ojos de Jan Gartzman, y los vio fijos en él, duros, hoscos. Miró de nuevo el revólver con el que le apuntaba el alguacil.

—Estás detenido, Clinton —musitó Gartzman.

—¿Por qué? —palideció Cottam.

* * *

—¿Están locos? —exclamó Clinton, lívido—. ¡Yo no sé nada de todo eso! ¿Cree que si fuera cierto me habría dejado encerrar tan fácilmente, Gartzman? ¿Cree siquiera que me habría quedado en el pueblo?

Jan Gartzman estuvo mirando unos segundos a Clinton a través de las rejas de uno de los calabozos. Ciertamente, Cottam no había ofrecido la menor resistencia. Se había dejado llevar mansamente, como quien lo considera todo poco más que una broma. Pero, al oír la acusación completa y concreta, ya encerrado, sus manos se habían crispado en los barrotes, y sus ojos iban furiosamente de uno a otro personaje de Gartzman; el alcalde John Wender, que por cierto estaba aún más pálido que Clinton; Parker Elbrick, que no se podía poner el sombrero debido al enorme chichón que tenía en un lado de la cabeza, y que también estaba pálido; el guarda de la diligencia que había llegado aquella tarde, tres ayudantes interinos de Gartzman, a la espera de que llegasen más... Todos mirando acusadoramente a Clinton Cottam.

—A veces, los planes se hacen de un modo desconcertante, para engañar a los demás, Clinton —musitó Gartzman.

—Están locos... —insistió Clinton—. ¡Todos están locos!

—Será mejor que diga hacia dónde han ido sus amigos, Cottam —masculló Parker Elbrick.

—¡No tengo amigos! ¡Ni aquí, ni en ningún lugar del mundo!

—Será mejor que recapacites —aconsejó Gartzman—. Naturalmente, tenemos una idea bien clara de hacia dónde se dirigen ahora tus amigos: hacia el Sur. Es el mejor sitio. Quizá galopen toda la noche, y mañana estarán en México... si les dejamos llegar, claro. Fynn, ve a ver si la posse está ya preparada. Y luego ve a buscar a Jerry: que se dé prisa.

—De acuerdo.

Gartzman se volvió de nuevo hacia Cottam.

—¿Y bien? ¿No quieres colaborar, Clinton?

Este parpadeó. Todavía le parecía estar escuchando la explicación que le habían dado cuando ya estaba en la celda. Alguien había asaltado el parador de la South Overland, y se había llevado nada menos que veinte mil dólares. Según la explicación de Parker Elbrick, él había estado en su despacho cuando dos hombres con el rostro cubierto por pañuelos entraron allí, tranquilamente, y justo cuando se disponía a guardar el dinero del importe de los pasajes del día en la diligencia hacia el Norte, y los cobros por transporte de mercancías... Aquellos hombres habían entrado tan fácilmente, que era asombroso. Entonces, había que pensar que alguien a quien Sam Bible, que vigilaba afuera, conocía muy bien, había engañado al pobre hombre, pillándole desprevenido. Y ese alguien después de haber sido encontrada la hebilla de una bota de Clinton Cottam junto a la abierta caja fuerte, tenía que ser él, evidentemente.

Además, él se había negado a ser el vigilante aquella noche. Precisamente aquella noche. Y también él debía conocer las costumbres del pueblo, cómo trabajaban sus vecinos y hasta qué horas... Sí, él había sido enviado un mes antes, para prepararlo todo. A fin de cuentas, ¿quién era él, Clinton Cottam? Un desconocido que había llegado un mes antes, a caballo. Eso era todo. Y ese desconocido, según decían, había organizado todo el asalto. Se le podía culpar de la herida de cuchillo que tenía Sam Bible en el vientre, y que acabaría con su vida antes de que saliese el sol; se le podía acusar de haber entrado en la oficina cuando ya sus amigos habían golpeado a Parker Elbrick; se le podía acusar de haber informado ampliamente a sus amigos del modo en que resultaría más sencillo robar aquellos casi veinte mil dólares... Y todo, por una hebilla de bota. Pero lo que más asustado, angustiado tenía a Clinton Cottam era aquella terrible revelación: los forajidos se habían llevado a la señorita Blaine. Y a la hija del alcalde.

—¡Tiene que decírnoslo! —gritó agudamente John Wender—. ¡Si a mi hija le ocurre algo, yo traeré la sogá para lincharlo, Cottam!

—Calma... Por favor, señor Wender —musitó Gartzman—. Si nos ponemos nerviosos todo irá mucho peor. Salgamos unos minutos, que Clinton piense bien lo que le conviene. Por favor, salgamos.

Casi tuvo qué empujar al alcalde fuera del departamento de celdas. Recorrieron el pasillo, y salieron a la oficina. Jerry Newman entraba en aquel momento, llevando una manta asida por las cuatro puntas, que dejó sobre la mesa, mostrando el contenido.

—No se puede decir que Clinton tenga muchas cosas —musitó.

Todos miraron lo que Newman había llevado en la manta: un par de camisas, varios calcetines en pésimo estado, una sartén, una cafetera, un pote de hojalata, una navaja, una cuchara, una caja de cartuchos que servían para el revólver y el rifle, que también estaban allí..., y un montón de libros, la mayoría de ellos de escolar.

Jan Gartzman parpadeó.

—¿Nada de dinero?

—No. Y he registrado bien, de veras. Además no hay mucho sitio para registrar allí.

—Entonces, sus amigos se han llevado el dinero —musitó Elbrick, inquieto—. Un buen plan habría sido dejárselo a él... Pero no lo han hecho. No debían fiarse, quizá.

—Al diablo el dinero... —masculló el alcalde—. ¡Hay que encontrar a esos hombres antes de que le suceda algo a Betsy!

—Y a la señorita Blaine, ¿no? —lo miró Gartzman—. Bien, creo que todo lo que podemos hacer es salir inmediatamente tras ellos. Desde luego, no han ido hacia el Norte. Es complicarse la vida. Tampoco me parece inteligente que hayan ido hacia el Oeste, por los llanos. Ni hacia Little Plain... Habrá tempestad esta noche, y cualquier jinete puede comprender eso. Sólo han podido ir hacia el Sur, hacia México.

—Eso es lo que haría cualquiera que pensase —asintió Parker Elbrick.

—Pues iremos también nosotros hacia México. Y habrá que galopar mucho, señores. Jerry, tú te quedarás vigilando a Clinton, y atendiendo la oficina.

—Está bien.

—Salgamos todos. Y monten ya. Tardaré un minuto. Veré si Clinton ha cambiado de opinión.

Entró de nuevo en el departamento de celdas. Clinton estaba aún pegado a los barrotes, con las manos blancas de tanto apretarlas.

—¿No quieres decirnos nada que nos ayude, Clinton?

—Gartzman —susurró el preso—, ¿de verdad cree que yo he tenido algo que ver con eso?

Jan Gartzman vaciló.

—Bien, Clinton... La cosa no puede estar más clara.

—¡Más clara...! ¿Qué es lo que está claro?

—Debiste coserte más fuerte la hebilla de tu vieja bota. O comprarte unas nuevas.

—¿Van a acusarme de todo eso por una hebilla de bota? Pude perderla en cualquier sitio...

—No puedo perder el tiempo —gruñó Gartzman—. Lo siento, Clinton, pero así están, las cosas. ¿Tienes algo más que decir? Piénsalo bien: si nos ayudas ahora:...

No dijo más, porque Clinton Cottam se apartó de allí. Fue hacia el camastro, y se tendió, cara al techo, colocando los brazos bajo la cabeza. Jan Gartzman estuvo unos segundos mirando aquel rostro recién afeitado, la camisa limpia, la dura línea del anguloso mentón, la boca grande, fuerte, firme...

—Si les pasa algo a las mujeres, no sé si podré evitar que te linchen, Clinton.

Este lo miró, fijamente, con aquellos sorprendentes ojos grises, limpios, inteligentes, claros. Y su respuesta sorprendió otra vez más a Jan Gartzman:

—No se preocupe demasiado por eso: ya estoy hecho a la idea de morir ahorcado. Les deseo suerte en la búsqueda. Y espero que no vayan hacia el Sur. Sería una tontería.

—Pues precisamente, hacia el Sur vamos —sonrió irónicamente Gartzman—. Y ya veremos si es una tontería.

* * *

—Te he traído café —musitó Jerry Newman.

Cottam lo miró amablemente por entre las rejas.

—¿Crees que lo merezco, Jerry?

—No sé. Clint, ¿cómo has podido hacerlo? Todos te queremos en Middle Town, te has estado portando bien. Hasta puedo decirte que más de una vez he oído decir que muchas personas se consideraban más seguras porque contábamos en el pueblo con alguien que dispara como tú. Lo de aquellos tipos nadie lo olvidará en mucho tiempo... De veras, Clint: te queríamos todos.

—Sois muy amables. ¿Qué hora es?

—Casi las doce. Hace poco más de una hora que salieron todos.

—Hacia el Sur.

—Sí... Claro, hacia el Sur. Es lo lógico.

—¿Tú crees? —rió secamente Clinton.

—Claro. Bueno, yo dormiré ahí fuera un poco... ¿Necesitas algo?

—No, no... A decir verdad, estoy más comfortable en esta celda que en mi cobertizo. ¿No es gracioso?

—Sí... Es gracioso. Bueno, ¿quieres el café o no?

—Te lo agradezco. Eres un buen muchacho, Jerry. Por lo menos, sí estoy seguro de que tú me aprecias. ¿Vas a abrir la puerta?

Jerry Newman se detuvo en seco.

—No... Bueno, no lo interpretes mal... Es que...

—Te comprendo. Bien, dámelo por entre los barrotes.

Clinton sacó el brazo derecho por entre dos barrotes, y Jerry acabó de acercarse, tendiendo el pote hacia aquella mano grande, de largos y fuertes dedos.

No debió acercarse, no... Aquellos dedos largos y fuertes despreciaron el café. Se clavaron en la muñeca de Jerry Newman, y el muchacho no tuvo tiempo de gritar. Con un fuerte tirón, Clinton lo atrajo contra los barrotes, vibraron cuando Jerry Newman se dio contra ellos, de pecho y de cara. Clinton lo mantuvo apretado contra los hierros; mientras las rodillas del muchacho se doblaban... Y aún estaba arrodillándose cuando el preso volvió a golpearlo, fuertemente, contra los barrotes, atrayéndolo con furioso tirón.

El barbilampiño ayudante del alguacil quedó grotescamente encogido, pegado a los barrotes, sin sentido. No le fue difícil a Clinton Cottam moverlo hasta poder quitarle el revólver. Luego, envolvió el arma con la manta del catre, y disparó contra la cerradura de la puerta de rejas, hasta que la destrozó. Había mucho humo de pólvora en la celda, pero era seguro que nadie había oído disparos.

Antes de marcharse de allí, Clinton Cottam se interesó por el estado de Jerry Newman, tranquilizándose al comprobar que lo más malo que podía tener era la nariz rota.

—Lo lamento, Jerry... —sonrió secamente—. Pero no soy lo que soy ahora para que, de todos modos, acaben ahorcándome.

Capítulo IV

Era cierto.

Había tempestad en las planicies... Little Plain era como un negro pozo donde rugía el viento de un modo estremecedor, como agudos lamentos fortísimos de personas agonizantes. Arriba, el cielo estaba claro, lleno de estrellas. Era imposible que ni una sola nube pudiera permanecer allí, con aquel viento que creaba la violentísima tempestad de arena y tierra; incluso, de pequeñas piedras, que hendían el aire silbando también, casi como si fuesen balas. El viento arrancaba las matas de espinos, y curiosamente, las juntaba, formando grandes bolas que parecían volar a veces, como espeluznantes fantasmas.

Los jinetes cabalgaban muy juntos, como si temieran perderse en aquella oscuridad, en aquella nube de arena y polvo y piedras... En dos de los caballos, la carga era doble, y quizá ese mismo exceso de peso era lo que daba más seguridad a la marcha de esos dos caballos. Los otros parecía que no podían adelantar, a veces, empujados por el fortísimo viento arremolinado, que cambiaba continuamente de dirección. Era como si estuviesen en una gigantesca olla donde el viento soplabá en espiral, cada vez más furiosamente.

Y encima las estrellas.

Todos los jinetes iban envueltos en mantas, protegiéndose de aquel tiroteo de piedras y de arena, que podía clavarse en la carne con toda facilidad. También las cabezas de los caballos habían sido cubiertas con trozos de manta, y caminaban a ciegas, guiados por los jinetes, que apenas apartaban un segundo cada vez sus enguantadas manos de delante de los ojos, protegidos también por el sombrero al inclinar mucho las cabezas. Durante unas cuantas millas habían podido cabalgar bien, pero apenas llegaron a Little Plain, la cosa cambió. La tempestad se había iniciado casi tímidamente. Luego, se había ido acrecentando, hasta el punto de que ya, ni siquiera los caballos parecían capaces de continuar caminando, de vencer aquel espantoso viento, la fuerza de la arena, de las piedras, de las bolas de espinos que a veces se enredaban entre sus patas... Pero llegaron. Finalmente llegaron a Crossair,

uno de tantos pueblos fantasmas, casi en el centro de Little Plain. Los que, años antes, habían llegado a aquel lugar, fueron engañados por un invierno insólitamente benigno, y fueron llegando más, y construyeron más casas, hasta conseguir el clásico pueblo de una calle. Eso sí, soplaban un vientecillo un poco molesto, arremolinado, que parecía cruzarse en varias direcciones. Por eso, llamaron Crossair al pueblo. Por aquel vientecillo. El invierno siguiente fue una pesadilla, y Crossair fue abandonado a su suerte. Quedó solo, vacío, a merced de las tormentas de arena, del ventarrón, de las violentísimas tempestades.

Y allá estaba, medio derruido, con algunos porches destrozados, casas sin tejado, llena de bolas de espino la calle sombría, oscura; en algún lado, una puerta batía fuertemente, a intervalos, y el viento silbaba con más fuerza al pasar por entre las ventanas que ya tenían todos los cristales rotos por las puertas, por entre las paredes sin techo... Un gran cartelón, quizá de un hotel, quizá de una cantina, bailaba en el aire, sujeto sólo por un lado, por una chirriante cadena. En la noche lúgubre, sombría, ventosa, cada ruido era como un chirrido espeluznante, y el aire parecía lleno de lejanas voces.

Final de jornada: Crossair.

Todos desmontaron delante de uno de los edificios cuyo tejado permanecía intacto. Las tres mujeres tuvieron que ser ayudadas a subir al porche, a llegar hasta la puerta, y luego empujadas al interior. Los caballos fueron metidos dentro de la casa, que se estaba llenando de tierra que se colaba violentamente por la abierta puerta. Apareció una luz de fósforo. Luego fue encendido un quinqué. Después, otro.

—¡Maldita sea! —gritó Sheldon—. ¡Creí que no llegaríamos nunca a este cochino lugar!

Luego, se dedicó a escupir tierra y arena, acompañando cada escupitajo de una horrenda maldición. Los demás hombres también escupían, y se pasaban las manos por los ojos. Las mujeres tosían fuertemente, como si se hubieran tragado una espina y quisieran expulsarla. Durante unos minutos, cada cual se dedicó a su relativo aseo personal, sacudiéndose las ropas, las manos, la cara, quitándose tierra de los ojos, la boca, los oídos... Los hombres no podían mejorar mucho su torvo y sucio aspecto, pero las tres mujeres estaban poco menos que irreconocibles, sucísimas, desgredadas, desencajados los rostros... Incluso Clinton Cottam se hubiera sorprendido si hubiera podido ver en aquel momento a su adorada señorita Blaine, con aquella capa de tierra incrustada en su carne y sus ropas, con los cabellos alborotados, sucísimos también, los

ojos enrojecidos... Cada cara era como una máscara rebozada en tierra, se veían blancas las cejas, las pestañas, los cabellos...

—¿Estás bien, Louise? —se interesó Jacob Neilan.

—Sí... —aseguró roncamente Louise Scott—. Pero me pregunto si valía la pena todo esto, Jacob.

—Desde luego que sí. Ya sabes que no me gusta correr riesgos inútiles. Lo hemos hecho todo muy bien, de modo que no hay por qué lamentarse ahora. Ya está hecho, ¿no?

—Sí, ya está hecho. Mira, no me importó esperaros a una milla de Middle Town, sola con los caballos...

—Así les costará más encontrar las huellas. ¡Lo que menos se imaginarán es que teníamos los caballos lejos del pueblo! Y no creo que se les ocurra seguir huellas de personas... Lo normal es que se escape a caballo.

—Y además, hacia el Sur —rió ásperamente Bill Crusom—. ¡No nos encontrarán nunca! No creo que tengas que protestar, Louise.

—Protesto por esa tormenta. Ya os digo qué no me importó esperaros lejos del pueblo con los caballos, pero... ¡esta tempestad!

—Bueno, la teníamos prevista, ¿no es así? Lo habríamos hecho hoy, de todos modos, pero aún es mejor si la tormenta, tal como esperábamos, se ha desatado. Tenemos de todo, pues estaba previsto... Las ventanas están bien cerradas, tenemos agua, luz, comida... ¿Qué me dices ahora, Walworth?

—¿Sobre qué?

—Sobre mi insistencia en dejar ésta cantina en condiciones para cuando volviéramos a pasar por aquí. ¿Eh? ¿Qué dices ahora?

—Bueno, tuviste una buena idea, ¿por qué negarlo? Entonces me pareció una tontería, pero me alegro de que nos convencieses. Podríamos tomar café, ¿no? Y *whisky*. Apuesto a que todavía quedan algunos chorritos en las botellas de esos estantes. Vamos a ver si es cierto.

Jacob Neilan se frotó fuertemente las manos, sonriendo.

—Je, je... Los del pueblo deben estar ahora galopando como locos hacia el Sur. Hacia México, que es lo inteligente. Y mientras tanto, nosotros estamos hacia el Norte... Cuando vuelvan sobre sus pasos, la tempestad habrá borrado nuestras huellas. Jamás nos encontrarán... ¿No vale la pena este pequeño sacrificio a cambio de tanta seguridad, Louise?

—Supongo que sí. Además, ya no cabe lamentarse —Louise Scott acabó de sacudirse, y miró a las asustadas prisioneras, que parecían incapaces de sostenerse en pie—. Lo que sí me parece una tontería es haber traído a estas mujeres, Jacob.

—Déjalas... Ellas nos vieron, y teníamos que haberlas matado o traerlas. Me pareció mejor traerlas. Así, si resulta que los de Middle Town son muy listos y nos siguen, ellas nos servirán para ayudarnos a escapar. No nos molestarán si los amenazamos con matarlas... Una es la hija del alcalde, nada menos. Pero ahora no sé cuál de las dos es. Ya no están tan lindas y peripuestas.

Se rieron todos. Nancy y Betsy, abrazadas, se iban retirando hacia una pared, todavía con las gargantas secas, doloridos los ojos, agotadas, por la dura y violenta cabalgata a la grupa. El aspecto de ambas era en verdad lastimoso.

—¡Hey! —exclamó Walworth—. ¡Aquí hay una botella llena completamente!

Nancy Blaine y Betsy Wender miraban de uno a otro hombre, y, de cuando en cuando, a la mujer. Seguramente, la mujer era muy bonita, pero no se podía apreciar ahora. Desde luego, era mayor que las dos muchachas. Vestía como un hombre, con pantalones, gruesas botas, cazadora. Pero no llevaba revólver. Pobre consuelo, con cinco hombres presentes que sí lo llevaban. De todos modos, pensar en escapar de allí era una locura, por lo menos mientras estuviese soplando la tempestad.

Ahora se oía un poco más apagada, pero siempre rugiente, poderosa. Continuamente se oían golpecitos contra las paredes, y el incesante rumor del roce de la arena y la tierra...

Pero aquellos hombres, efectivamente, lo habían preparado todo muy bien. Tenían luz, había una gran barrica con agua, una gran bolsa de lona con comida... Se habían preparado la retirada por allí, por el pueblo fantasma. Estaban en, una cantina muy grande, con su mostrador todavía entero, y muchas botellas en los estantes, algunas todavía conteniendo licor. Sucísimo y roto, como si fuese una tela de araña. Algún balazo, quizá. Habían mesas, sillas, cajas vacías... A la derecha, una escalera llevaba al piso superior, dejando abajo espacio para tres o cuatro palcos. Al parecer, los habitantes de Crossair se las habían prometido felices allí, y estuvieron dispuestos a pasarlo bien, que no les faltara de nada... Ni siquiera chicas, bailando el can-can en el pequeño escenario que había a un lado del mostrador. Al otro lado, se veía una puerta, que debía dar a la parte de atrás, a la cocina, un patio...

Alex Everitt se acercó a una de las ventanas, y se quedó mirando críticamente las tablas que la tapaban completamente. Bebió un trago de la botella que había encontrado, y señaló las tablas.

—Me parece que desde afuera se debe ver algo de luz, Jacob.

—¿Y qué? ¿Esperas visitas?

Los demás se echaron a reír.

—Quizá esté citado con el gobernador de Texas —sugirió Bill Grusom.

Los demás volvieron a reír. Sí. Todos estaban muy contentos: Louise Scott, Jacob Neilan, Sheldon Grant, Walworth Cummins, Bill Grusom y Alex Everitt. Todos. Los seis estaban muy contentos.

—Será mejor que desensillemos los caballos y los limpiemos un poco —dijo con muy buen sentido Grusom—. Si le pasa algo a uno solo de ellos, nos veremos en apuros. Louise, prepáranos café y algo para comer. Espera, te romperé una silla o dos...

Hizo pedazos dos o tres sillas, y Louise Scott se dedicó a encender el fuego allí dentro, mientras los hombres desensillaban los caballos. Jacob se hizo cargo de la bolsa de lona y de la caja atada con cuerdas.

—¿Qué os parece si me dedico a hacer las partes?

—Mejor que nos ayudes ahora a limpiar los caballos, ¿no? Sólo hay que cepillarlos un poco, que se tranquilicen y estén cómodos. Y será mejor que apartemos agua para nosotros y les dejemos beberse el resto.

—Bien... Bueno, yo voy a hacer las partes. Las lindas damas que os ayuden a limpiar los caballos —se volvió Jacob hacia Nancy y Betsy—. ¿Algo que oponer, palomitas?

—Yo... yo no he limpiado nunca un caballo...

—¿No? Vaya, vaya... Claro, siendo hija del alcalde... ¡Pues ahora tendrás que aprender, nena! ¡Coge una manta, doblada bien, y ve limpiando un caballo tras otro. Y trátalos con cariño..., ¿estamos?

Betsy iba a decir algo, pero Nancy no la dejó. Apretó su brazo, y las dos fueron hacia donde estaban los caballos. Hubo algunas risitas... Poco después, se olía a tocino frito y a café. Jacob Neilan continuaba haciendo las partes fiel botín, en seis montones de monedas y billetes. Nancy y Betsy, pálidas, jadeaban por el esfuerzo que estaban realizando, y estaban muy asustadas...

Cada vez que los caballos se movían, se agitaban, Betsy Wender daba un gritito, y retrocedía, sin importarle las risotadas de los forajidos.

Louise tuvo preparada pronto la tardía cena, cuando ya los caballos estaban aceptablemente limpios de la capa de tierra y arena, y el simple motivo de que no sentían el menor apetito. Lo cual importó bien poco a los forajidos, que comieron con voracidad, rápidamente. Luego, ya tomando el café, Jacob Neilan acabó de hacer las partes.

—Bien... Ya está. Exactamente dos mil dólares cada uno. O sea un total de doce mil dólares... No está mal, ¿en?

—Sobre todo para nuestro amigo de Middle Town. Él se ha llevado la mejor parte.

—Hizo muy bien lo suyo, ¿no? Vamos a dejar eso, Sheldon... ¿Todos conformes?

—Claro... —aseguró Bill Grusom—. No seré yo quien se ponga a discutir ahora. Además, siempre lo hacemos así... ¿Por qué demonios hablamos tanto? Dos mil dólares por cabeza no está mal.

—Mejor están cuatro mil —rió Alex Everitt.

—¿Cuatro mil? —alzó las cejas Walworth Cummins.

—Me refiero a Louise y Jacob. Ellos se llevan dos mil dólares cada uno. O sea, cuatro mil en total, ya que son los dos tortolitos del grupo, y hacen botín en común... Eh, eh —alzó una mano al ver el gesto de Jacob—. ¡Nada que oponer, entiéndelo, Jacob! Era sólo un comentario. Apuesto a que tenéis ya un buen pico para el rancho que pensáis compraros en California.

—Vamos guardando algo —sonrió Jacob—. Seguramente, nos casaremos cuando compremos el rancho.

—¿Casaros? —rió Sheldon—. ¿Para qué? ¿Acaso necesitáis una bendición para...?

—Hombre, Sheldon... —cortó Grusom—, ¡que hay señoritas delante!

Todos volvieron a reír, incluida Louise Scott, que miraba con sorna a las muchachas. Y estaban riendo la mar de divertidos cuando sonaron los fuertes golpes en la puerta de la cantina, en el exterior.

En menos de un segundo, cinco revólveres fueron desenfundados, a toda velocidad. Los forajidos se separaron hacia todos lados de la cantina, actuando sincronizados. Louise se dejó caer detrás del montón de sillas de montar. El sobresalto había sido igual para todos. Un sobresalto auténtico, tremendo.

Los forajidos se miraron unos a otros, mientras en la puerta, bien cerradas sus dos hojas del exterior además de las medias puertas batientes, volvían a sonar los golpes. Se oyó una voz de hombre gritando algo, pero el viento, la tempestad, se llevó sus palabras. Sólo se oyó la voz, a grito pelado, por entre el silbar del viento.

Jacob Neilan miró a Grant y Everitt, y señaló la puerta de atrás con el revólver. Los dos forajidos asintieron con un gesto de cabeza, y se deslizaron hacia allí, en silencio. Desaparecieron por la puerta, a toda prisa, mientras de

nuevo sonaban golpes en la puerta, y se oía la voz del hombre entre la tempestad.

Los tres que quedaban dentro se fueron acercando a la puerta, siempre listo el revólver para entrar en funciones.

—¿Apago los quinqués? —musitó Louise.

—No... Espera —susurró Jacob—. Alex y Sheldon los pillarán más confiados por detrás si mantenemos su atención en la luz... La deben haber visto por alguna grieta en la madera de la ventana... ¡Maldita sea! Louise, coge un rifle y sube a uno de esos palcos. Ya sabes lo que tienes que hacer si las cosas se ponen mal.

Louise se apresuró a obedecer a Jacob, el cual estaba ya haciendo señas a Nancy y Betsy para que se alejaran hacia un rincón de la cantina.

De nuevo sonaron golpes, pero esta vez Jacob Neilan captó perfectamente la señal de sus compañeros de fechorías. Se conocían muy bien, estaban compenetrados... Se acercó más a la puerta.

—¿Sois vosotros? —gritó.

La voz de Sheldon Grant llegó con bastante claridad hasta él. Afuera, Sheldon debía estar gritando en la juntura de la puerta.

—¡Abre, Jacob!

Este separó las batientes, las dejó tocando su espalda, y quitó el gran cerrojo de madera. Retrocedió unos pasos, y la puerta doble se abrió, hacia dentro. Primero entró un hombre desconocido. Detrás de él, Grant Everitt, apuntándole con sus revólveres. Los rostros de los dos forajidos eran fácilmente identificables, ya que habían estado poco rato afuera, pero el del recién llegado era sólo como una costra de polvo que cubría completamente sus facciones. Sólo se veían los ojos entornados, enrojecidos. Un brillo gris aparecía entre los párpados.

—Mi caballo... —dijo el recién llegado—. Por favor, no podemos dejarlo ahí fuera.

La voz del forastero en Crossair pareció extenderse como ondas en el agua, llenando toda la cantina. La voz. Betsy Wender abrió la boca, dispuesta a lanzar un grito de alegría, de sorpresa..., pero un fuerte pellizco propinado por Nancy Blaine la dejó muda.

—¿Quién es usted? —masculló Jacob Neilan.

El otro lo miró entornando aún más los ojos. Cuando sonrió, su rostro no resultó más simpático, precisamente.

—Un viajero —dijo—. ¿Algo más?

Detrás de él, Sheldon Grant mostró el revólver que le había quitado al viajero, y eso tranquilizó a Jacob, que miró la vacía funda.

—Entre su caballo. El animal no tiene la culpa de esta tempestad.

—Eso pensaba yo.

Clinton salió afuera, siempre cubierto por los revólveres de Grant y Everitt, y sin el suyo propio. Todos suspiraron aliviados cuando la puerta fue nuevamente cerrada. Grusom se acercó cuando Clinton llevaba su caballo hacia donde estaban los otros, y quitó el rifle de la funda de la silla de montar. Lo cual no pareció preocupar ni poco ni mucho al forastero, que dirigió una indiferente mirada a Nancy Blaine y Betsy Wender. La primera volvió a apretar el brazo de la segunda, de modo que las dos conservaron la actitud de no conocer al recién llegado. En uno de los palcos, Louise Scott continuaba vigilando a Clinton Cottam, cubriéndole con su rifle.

—Déjalo ya, Louise... —dijo Jacob—. Baja de ahí.

Clinton Cottam desensilló su caballo, y se dedicó a pasarle la manta por el cuerpo, fuertemente, limpiándolo. Parecía como si estuviese solo allí; igual que si no hubiese cinco hombres pendientes de él, vigilándolo.

—Tiempo de perros, ¿eh? —dijo de pronto—. Yo diría que huelo a café.

—Tenemos café —admitió Jacob.

—Es una suerte... para ustedes. Yo terminé mis provisiones ésta mañana. No es bueno galopar con las alforjas vacías.

—Supongo que está pidiéndonos café.

—Nunca pido nada.

Sacudió la manta, y le dio otra pasada a su caballo. Luego comenzó a golpearse con el sombrero, llenándolo todo de arena. Cuando se pasó las manos por la cara, su aspecto no mejoró demasiado. Miró a las dos prisioneras, luego a Louise, y finalmente a Jacob.

—No debo parecerle muy listo, ¿verdad? —sonrió—. Debí meterme en cualquier otra casa; pero vi unas rayas de luz en una ventana, y me pareció que no sería mal acogido. Bien... Todos nos equivocamos a veces, ¿verdad?

—¿Hacia dónde se dirige?

—A Rock Springs. Pero me pilló la tempestad en el llano, y decidí refugiarme en este pueblo. Es una porquería, pero resulta mucho mejor que estar ahí fuera. ¿Andan huyendo de algo?

—¿Por qué pregunta eso? —saltó Sheldon.

Clinton Cottam lo miró de arriba abajo como sorprendido. Es decir: el hombre que Betsy y Nancy conocían como Clinton Cottam... No parecía él mismo. Era diferente. Muy diferente.

—¿He preguntado alguna tontería? —sonrió—. No me digan que ustedes están aquí por gusto, amigo. Aunque, si lo dicen, no, seré yo quien le contradiga. ¿A mí qué me importan ustedes?

—¿Y usted? —musitó Jacob—. ¿Huye usted de algo?

Clinton lo miró con expresión irónica.

—Es posible.

—¿De dónde viene?

—De Sonora. Mi caballo se llama Redarrow.

—¿Y qué importa eso?

—Supongo que nada. Pero están preguntando tantas cosas que he querido facilitarles el trabajo. Este es un buen lugar —miró a su alrededor—. ¿Saben si queda algo de beber en alguna de esas botellas?

—Nosotros hemos encontrado *whisky*.

—Ah... Magnífico.

Pasó detrás del mostrador, y estuvo buscando en las estanterías hasta encontrar una botella todavía con líquido. La destapó, lo probó, y sonrió alegremente. Luego se sentó en el mostrador, de cara al local, y bebió otro trago. Chascó la lengua, y aprobó con la cabeza, en actitud de entusiasmo.

—Esto es otra cosa... Bien, ¿qué deciden? ¿Me liquidan o aceptan mi compañía? Sea cual sea su decisión, siempre me gustará más que estar ahí fuera.

—Tiene usted la lengua muy suelta.

—No siempre. Lo que sí manejo bien de verdad es el revólver, pero —sonrió— imaginó que no podré hacerles una demostración... Oigan, son ustedes un gran grupo, ¿eh? Pero no me parece cabalgar con tantas mujeres.

—Nadie ha pedido su opinión.

Clinton Cottam volvió a encoger los hombros, y bebió otro trago de *whisky*. Miró hacia donde todavía se veía un hermoso rescoldo de fuego, y también miró la cafetera de zinc.

—Un buen café, sí, señor —musitó—. Lo bueno del café es que puede tomarse caliente. Supongo que ustedes no son los cantineros de este lugar, pero podría pagar un buen pote de café. Tengo dinero —sonrió de nuevo, como divertido—. Muy poco, desde luego... Las cosas no siempre salen bien. Si han de matarme, por favor, no lo hagan pensando en mi dinero. Sentiría proporcionarles una decepción.

Jacob Neilan: sonrió levemente.

—Dale café, Louise.

—Son muy amables... Mucho. Mi nombre es Monrovia... Clinton Monrovia.

Capítulo V

Alex Everitt respingó al oír aquél hombre. Los demás también se inmutaron, aunque no de modo tan visible. Louise Scott quedó inmóvil junto al fuego, con la cafetera en alto.

—¿Monrovie? —susurró Jacob—. ¿Tiene algo que ver con los hermanos Monrovie?

Clinton Cottam se lo quedó mirando fijamente.

—Tenía algo que ver con ellos, sí —susurró—. Es decir, si se refiere usted a Jess, Adam y Charlton Monrovie.

—A ellos me refería. He oído decir que los mataron no hace mucho, quizá cuatro meses.

—Les tendieron una emboscada. Murieron, sí, en Rock Pass, hacia el norte. Uno de su banda los delató, los vendió y, así, pudieron tenderles una emboscada... Yo ando, buscando a ese hombre. Según mis noticias, es posible que lo encuentre en Rock Springs. Y si lo encuentro... Bueno, yo no quisiera estar en su pellejo.

—Siempre oí decir que los hermanos Monrovie eran solamente tres.

—Oh, sí... Tres. Hacía ya mucho tiempo que no me entendía con ellos. Eran demasiado... rudos, Me pareció mejor seguir mi propio camino. Y quizá hice bien... No sé. De verdad que no lo sé. De todos modos, supongo que si hubiera continuado con Charlton, Jess y Adam, ahora estaría muerto, como ellos. Sería tan famoso como ellos, pero... seguramente, estaría muerto. Siempre les decía que acabarían mal... y, según parece, acerté. Y no me alegro por eso.

—¿Usted es hermano de ellos?

—No —sonrió secamente Clinton—, soy su padre.

Jacob frunció el ceño, pero Sheldon se echó a reír, y los demás lo imitaron, hasta que también Jacob tuvo que reír.

—Es una buena respuesta —admitió.

—Las respuestas siempre tienen que estar de acuerdo con las preguntas. Miren, no es que vaya a echarme a llorar, ni nada por el estilo, para que me

dejen seguir con vida. Puedo hacerles un trato.

—¿Qué trato?

—Hay un tipo en Rock Springs al que me gustaría darle un recado de parte de mis hermanos... Ya sé que ellos eran unos forajidos, y que tenían la cabeza puesta a precio. No eran buena gente, lo sé muy bien, y por eso ofrecían dinero por su captura. Ese tipo que está ahora en Rock Springs debe estar disfrutando el dinero que ganó vendiendo a mis hermanos, y... Bueno, no me parece justo.

—Tampoco a mí me gustaría —aceptó Jacob.

—Lógico. No sé qué se traen ustedes entre manos, ni me importa lo más mínimo. Sólo quiero ir a Rock Springs... ¿Puedo? Ustedes me entienden, ¿no es cierto? Mi trato es el siguiente: no me maten ahora. Déjenme ir allá a solucionar este pequeño asunto, y yo los busco a ustedes luego. Entonces, y sólo entonces, conversaremos sobre esta situación. Entretanto, les diré que si creen que mi boca es tan grande como la del tipo que vendió a mis hermanos, están en un gran error. Por el momento, pueden matarme en cuanto quieran. Muy bien, déjenme ir primero a Rock Springs, hago allí mi trabajillo y nos vemos donde quieran. Si todavía les parece interesante matarme, de acuerdo. No protestaré.

—Tiene usted las narices bien puestas, ¿eh?

—Las narices... y otras cosas, amigo. Puede que hable mucho, pero nunca en vano. ¿Qué dice de mi trato?

—Lo pensaré. Es poco fuerte eso de que si le dejamos marchar volverá para dejarse matar si así lo decidimos nosotros.

—¿Con quién cree que está hablando? ¿Con una gallina? —gruñó Clinton—. Si yo les digo que los busco, es que los busco. Además, falta saber si podrían matarme.

—Podemos hacerlo ahora mismo.

—¿Sí? Bien... Es algo que aún está por ver... ¿O no?

—Supongo que está bromeando.

—No. Pero aún no estoy muerto.

—Hay cinco revólveres apuntándole.

—No soy ciego... Y sigo estando vivo.

—Demonios... —rió Walworth—. ¡A eso le llamo yo tener agallas, Jacob!

—Está fanfarroneando —aseguró Jacob.

—¿Puedo servirme más café? —sonrió Clinton—. Tanta conversación me está dando muchísima sed, porque...

Saltó de pronto hacia Louise Scott, suavemente, con una agilidad que sorprendió a todos... Cuando fueron a darse cuenta, el rifle había sido arrancado de las manos de la mujer, y lanzado lejos de un fortísimo manotazo. El brazo izquierdo de Clinton pasó por la garganta de Louise, atenazándola duramente, inmovilizándola. Sacó una navaja del bolsillo, y, siempre cubriéndose con el cuerpo de Louise, la abrió, utilizando los dientes. En seguida, apoyó la punta de la hoja de acero en la garganta de Louise, que palideció intensamente..., aunque quizá menos que Jacob Neilan, que se apresuró a gritar:

—¡No disparéis! ¡Podríamos matar a Louise...!

Betsy Wender comenzó a ponerse en pie, lanzando un grito de alegría, pero la mirada de Clinton cayó sobre ella rabiosamente.

—¡No se mueva de ahí! —ordenó—. ¡Puedo seguir cortando cuellos sin cansarme! Quietas las dos... ¿Han entendido? No sé quiénes son ustedes, ni me importa, pero si se mueven, degüello a esta amiguita suya... ¿Está claro?

—No se muevan... —jadeó Jacob—. ¡No se muevan de ahí!

Nancy estaba ahora tan sorprendida, como Betsy, pero comprendió antes que ésta, y de nuevo la sujetó. Neilan adelantó un par de pasos, con expresión conciliadora.

—Escuche, Monrovie, no hay que complicar las cosas... Podemos entendernos bien... No veo motivo para que nos matemos entre nosotros, de modo que tendremos en cuenta su oferta...

—¿De veras? Bueno, eso cambia la cuestión —Clinton soltó a Louise, y le entregó su navaja, con el mango por delante, sonriendo—. ¿Qué tal si me corta un poco de tocino, señora? También puedo pagarlo, desde luego. No la habré asustado, ¿verdad?

El nuevo, brusco y sorprendente cambio de situación, dejó a todos sin respiración. Los cinco forajidos estaban atónitos por la sorpresa...

—Por todos los demonios del infierno —jadeó al fin Cummins—. ¡Este tipo está loco! ¡Le voy a...!

—¡No! —exclamó Louise—. ¡Guarda ese revólver, Walworth! Se ha hecho un trato con el señor Monrovie, ¿no es cierto?

—¡Qué trato ni qué...!

—Cierra la boca... —masculló Jacob—. Ella tiene razón. Se ha hecho un trato.

—Bien... —sonrió una vez más Clinton—. ¿Dónde quieren que los busque después que cumpla mi recado en Rock Springs?

—Ya hablaremos de eso... Coma tocino. Está invitado, Monrovie.

—No pido limosna.

—No es una limosna, sino una invitación...

—Pues... se agradece. Hacía mucho tiempo que nadie me invitaba a nada. Oh, no se moleste, señora; yo mismo freiré el tocino. Estoy acostumbrado a hacérmelo todo yo mismo. ¿Me invitan también a pan?

Louise Scott comenzó a sonreír. Tras una maliciosa mirada a Clinton, le devolvió la navaja, y fue en busca de pan a una alforja.

Clinton se dedicó a cortar un buen trozo de tocino, silbando entre dientes... y escupiendo salivazos amasados con tierra de cuando en cuando. La situación era en verdad interesante, anormal, extraña. Poco después, Clinton mordía el gran trozo de pan con el trozo de tocino dentro, mirando con socarrona expresión a las personas allí reunidas. Quien mejor parecía estar pasándolo, aparte de él mismo, era Louise Scott, cuyos ojos brillaban con una expresión de profunda simpatía. Los hombres miraban ya inexpresivamente al recién llegado. Betsy Wender no entendía nada de nada, pero había ya comprendido, a base de pellizcos y codazos propinados por Nancy Blaine, que debía callar. En cuanto a la linda maestra de Middle Town, estaba también bastante desconcertada. La personalidad del hombre que ella conocía como Clinton Cottam se estaba agitando increíblemente. No sabía si para bien o para mal, si le tenía en mejor o peor concepto; pero sí era seguro que estaba viendo a un hombre diferente.

Muy diferente. Parecía... encontrarse a gusto allí, tranquilo, sin preocupación ninguna. Comía el pan con tocino con envidiable apetito, sin importarle que la grasa resbalase por su barbilla, y que sus manos se estuviesen quedando brillantes, pringosas. No era agradable verlo comer, ni sentir los irónicos ojos sobre ella. Pero de un modo u otro, Clinton Cottam era una persona diferente a la que ella conocía. No tenía miedo, eso era evidente. No tartamudeaba, ni vacilaba, ni se sonrojaba, ni palidecía... Estaba allí como si aquella fuese la situación más natural del mundo. Eso era todo. Parecía...

—Oiga, encanto, ¿qué me mira tanto? —gruñó de pronto Clinton, mirándola burlonamente—. ¿Le gusto, quizá? ¿Siente interés por mí? ¡Conteste!

—No... No, señor, no...

Clinton continuó comiendo. Terminó, se limpió las manos en los pantalones, y luego se dedicó a liar un cigarrillo. Nadie parecía tener deseos de hablar. Encendió el cigarrillo, y miró a Jacob.

—¿No van a devolverme mi revólver?

—No. Por ahora, no.

—Está bien. Entiendo eso. Y ahora, sin bromas, ¿sigue en pie nuestro trato?

—Desde luego —aseguró Louise.

—Bien... Se lo agradezco, señora. No soy un cobarde, pero me habría fastidiado morir ahora, después de cuatro meses de buscar a un hombre... No sé si me entiende.

—Lo entiendo muy bien. En cierto modo, usted, si realmente es uno de los hermanos Monrovia, es como nosotros. Eso quiere decir que ellos merecían la muerte... ¿No?

—Es posible... —musitó Clinton—. Pero no me gustó el modo en que los atraparon.

—También entiendo eso. Tiene derecho a buscar a su hombre, Monrovia.

—Sí... Eso creo yo. Dígame una cosa, señora —señaló a las dos prisioneras—: ¿ellas son del grupo?

—No exactamente.

—Ah... Bueno, creo que comprendo. Están muy asustadas, ¿no es cierto?

—Creo que sí —rió Louise.

—Claro... Ellas no son como usted. Hay diferencia entre unas mujeres y otras. Y me parece que ellas no saldrían ganando con la comparación... De todos modos, me parece una crueldad tenerlas tan asustadas. Apuesto a que se tranquilizarían si se les hablase amistosamente. Podría... contarles mi vida.

—¡Será divertido oír eso! —volvió a reír Louise.

Clinton le guiñó un ojo.

—Es un modo muy inteligente de enternecer a una mujer.

Louise volvió a reír ahora con más fuerza.

—Es usted simpático, Monrovia. Haga lo que guste, pero no se olvide de que le estamos vigilando, y que de usted depende que el trato se cumpla o no.

—No tengo interés en morir todavía. Pero me gustaría conversar con esas chicas. ¿Usted cree que tienen lengua?

—¡No lo sé!

—Pues vamos a asegurarnos —fue hacia las prisioneras, y se sentó delante de ellas, con el cigarrillo en los labios grasientos, los ojos entornados, una mueca irónica en el rostro—. A ver, chicas: sacad la lengua. ¿Tenéis o no tenéis lengua? ¡He dicho que saquéis la lengua!

Nancy y Betsy obedecieron, y todos se echaron a reír.

—Pues tienen lengua... —sentenció Clinton—. Es asombroso... ¡Eh! ¡A lo mejor, hasta saben cantar! Decidme, bellas damas, ¿sabéis cantar? Oh, oh,

oh... Comprendo... ¡Queréis un trago de *whisky* para aclararos el gaznate! Bien... Eso tiene remedio.

Fue a por la botella, y la tendió a Nancy Blaine.

—Bebed... ¡Bebed!

La maestra cogió la botella, con mano temblorosa, y bebió un traguito de *whisky*. Luego la entregó a Betsy, que no parecía dispuesta a beber, pero una malévola mirada de Clinton la convenció de que debía hacerlo. Para entonces, Nancy Blaine ya estaba tosiendo. Y Betsy Wender se unió a ella muy pronto. Clinton recuperó la botella, y movió la cabeza en un gesto de desaprobación.

—Será mejor que no cantéis... —aseguró—. Pero nadie os va a librar de escuchar la historia de mi vida. ¿Cómo os llamáis, guapas? ¡Os pregunto que cómo os llamáis!

—Nancy... Nancy Blaine...

—¿Y tú, llorona? —miró Clinton a Betsy.

—Betsy... Wender...

—Ajá. Pues bien, Nancy, Betsy —bebió un trago de la botella, y suspiró—. Esta es la historia de mi vida: nací en un sitio de Texas, hace veintisiete años. O sea, que soy joven, ¿verdad? Antes que yo, mis padres habían tenido hijos... Jess, Charlton y Adam... Ahora no recuerdo en qué orden nacieron; sólo que eran mayores que yo. En fin, que fuimos creciendo, creciendo... Un buen día... No. Un mal día, nos quedamos solos. Yo tenía... catorce años. Así son las cosas. Mis hermanos no eran muy listos... El pequeño ranchito nos duró muy poco, y un buen... No. Un mal día, quiero decir, nos fuimos de allá, a caballo... Texas es enorme, había que vivir... A los dieciocho años, en un pueblo de mala muerte, estuvieron a punto de ahorcarme. Me parece que yo no merecía eso, pero quizá sí lo merecían mis hermanos. Y como no habían podido atraparlos a ellos, y sí a mí, pues decidieron que pagara por todos... No fue una decisión muy justa, ¿verdad?

El cigarrillo había quedado convertido en una colilla, y Clinton la miró con disgusto. Encendió otro.

—Bueno... ¿Os aburro?

—No —musitó Nancy Blaine.

—Eres una chica muy dulce... —sonrió él—. Bueno, decía que a los dieciocho años estuvieron a punto de ahorcarme. Afortunadamente, llegaron mis hermanos, y la cosa se pudo arreglar... No a gusto de todos, claro, pero salí con vida. Mis hermanos me querían mucho, eso hay que reconocerlo. Yo era «el pequeño Clint». No... No les gustó que alguien quisiera ahorcarme, así que fueron allá con otros tipos tan malos como ellos, y me quitaron la soga

del cuello. Eso estuvo bien... Demostraron ser buenos hermanos... ¿No es cierto, Nancy?

—Sí, señor...

—Sí... Eran unos buenos chicos, pero... se iban estropeando mucho. Yo me di cuenta de eso, y lo dije. Se rieron de mí, del pequeño Clint. Entonces, les dije que no seguiría con ellos, que no quería que me pusieran la soga al cuello otra vez. Como ya tenía dieciocho años, podía comprender que no siempre ellos podrían aparecer en el momento oportuno. Y, además, llegué a comprender también que, quizá cuando me volvieran a poner la soga al cuello, yo me lo habría merecido. Así que decidí evitarlo, les dije adiós, y seguí mi propio camino. Estuve empleado en algunas cantinas, trabajé de vaquero, de guarda de diligencias o conductor... De muchas cosas. Y así fui dando tumbos, de un lado a otro, hasta que hace poco más de cuatro meses, me enteré: los hermanos Monrovie, al fin, habían caído en una emboscada. Todos muertos. Es claro que donde yo trabajaba entonces nadie podía relacionarme con ellos, ya que me había cambiado el nombre, pero decidí marcharme. Fui... a Rock Pass, y visité las tumbas de mis hermanos. No fue agradable... Luego fui de un lado a otro, hasta que encontré un pueblo que me gustó... No es muy grande... Me dije que podía quedarme allí, y vivir tranquilo... Incluso podría ser lo que de verdad me gustaba: alguacil... ¡Qué cosas!, ¿eh? —miró a Jacob y a los demás—. ¿No es divertido?

—Oye, oye... Sigue con la historia —gruñó Everitt—. Y déjate de tonterías.

—Bueno... Pues nada, que me quedé en ese pueblo, decidido a que también hubiese un buen recuerdo del apellido Monrovie, aunque... no he dicho todavía que me llamo así. Pero lo diré cuando llegue el momento, para que sepan que no todos los Monrovie eran malos. Yo... tuve que aceptar un empleo en un establo, pero no me importaba. Soy hombre de muchísima paciencia... Tanta paciencia, que incluso puedo conseguir aprender a leer y escribir, y ser, algún día, un buen defensor de la ley... Ah, sí... Será delicioso, supongo. Y otra cosa: hay allá una chica... muy hermosa. Muy bonita... Es maestra. Ella es... amable, buena, honesta... La vi cuando llegué a ese pueblo. Estaba en una ventana, y a mí me pareció... una flor llena de luz. Bueno, algo así... Y me dije: Clint, ahí tienes una chica por la que valdría la pena dar la vida. Eso es lo que pensé, aunque aún no me di cuenta de que en aquel momento mismo, ya la quería... ¿No es divertido? —insistió, riendo.

—¿Qué más? —se interesó Louise.

—Pues... Oh, bueno, desde luego me guardé muy bien de decirle nada que la hiciese comprender lo que sentía... ¡La maestra y el mozo del establo...! Hasta yo comprendí que no podía ser... Pensé en marcharme, pero no podía hacerlo. Creo que soy un poco tonto... La verdad es que veo a esa chica como una estrella muy grande y muy lejana. Demasiado lejos para llegar a ella. Pero como no soy hombre de suerte, no consigo dejar de quererla... A mi modo, a distancia... Y decidí quedarme en el pueblo, porque pensé una cosa. «Algún día, Clint —pensé—, a ella puede ocurrirle algo, y será bueno que tenga cerca alguien que esté dispuesto a defenderla con su vida. Y ese alguien, Clint, eres tú». De modo que me quedé allá, contentándome con verla de lejos, con saber que estaba bien y que era feliz... Es suficiente para mí. Ahora he salido del pueblo, porque tengo que matar a un hombre, quizá a varios. Pero cuando haya hecho eso, si tengo suerte, volveré allá, como si nada hubiera pasado, y seguiré mi camino, siempre cerca de ella. Cerca y lejos pero... no tengo derecho a más. Me conformo. Y mientras nada ocurra, yo no seré uno de los hermanos Monrovia, sino un buen muchacho que estará al lado de la ley, vivirá en su establo, y soñará todas, todas las noches, con su dulce, linda, angelical maestra. Pero si algún día alguien la molesta a ella, yo... Bueno, creo que me olvidaré de mis propósitos de ser un buen muchacho. Y colorín colorado, este cuento ha terminado... ¿Me das un, beso, encanto?

Nancy Blaine, que estaba sobrecogida, casi aturdida, con los ojos muy abiertos, tardó en comprender la última pregunta de Clinton, y entonces se sobresaltó, cuando ya los demás reían de buena gana.

—¡Mi madre, vaya tío contando historias! —exclamó Grusom.

—Conozco muchas más —sonrió Clinton—. Pero empiezo a tener sueño. ¿Alguien se opone a que duerma unas cuantas horas? ¿No? Pues buenas noches, damas y caballeros...

—¡Hey! —protestó Cummins—. ¿De veras piensas dormir?

—¿Tienes alguna idea mejor, amigo?

—Podrías contarnos más historias... La noche es larga.

—Pues dormid, igual que pienso hacer yo.

Jacob y sus hombres cambiaron una mirada, y Clinton se echó a reír. Desató la manta de su silla de montar, se fue con ella junto a Nancy Blaine, la extendió en el suelo, y se tumbó encima. Bostezó y miró hacia la ventana.

—Demonios, qué nohecita... Por cierto, encanto, no me has dado el beso que te he pedido. ¿Y sabes...? Me recuerdas mucho a mi amor, a la maestra de escuela... Mira, nena, quizá yo vaya a morir pronto, porque, aunque soy un

rayo con el revólver, nunca se sabe... ¿Qué tal si antes de morir me das un beso, y así, si muero, lo haré feliz? Vamos, vamos, encanto..., ¡un besito de buenas noches!

Se incorporó sobre la manta, y acercó su rostro al de Nancy Blaine, que permaneció inmóvil, fijos sus hermosos ojos en aquellos otros, grises, fríos, duros... A medida que la boca de Clinton se iba acercando a la de ella, sus labios fueron temblando más y más... Cuando, por fin, los labios de Clinton se posaron en los suyos, se estremeció. Luego quedó completamente inmóvil, como si fuese una estatua... Los labios de Clinton estuvieron en los de ella, apretándolos, durante casi medio minuto.

Por fin, él se apartó, y soltó un gruñido:

—Te diré una cosa, encanto: una vez besé a mi caballo, y me gustó más. Mañana seguiremos probando... hasta que aprendas.

Sonrió al oír las risas de Jacob y los suyos, se tendió de nuevo, y, al parecer se quedó dormido en pocos segundos. Jacob se puso en pie, y se acercó sigilosamente. Estuvo unos segundos mirándolo, con el ceño fruncido. Louise y Sheldon se colocaron a su lado. Finalmente, Jacob hizo un gesto con la cabeza, y los tres se alejaron, hacia donde estaban los caballos.

—¿Lo dejarás marchar? —sonrió Sheldon Grant.

—No sé...

—¡Menudo es el chico, contando historias...! Jamás escuché a nadie que tuviese tanta imaginación.

—Es un charlatán —masculló Jacob—. Pero parece un buen elemento, Sheldon. Desde luego, aparte de que es un Monrovia, no me he creído ni una sola palabra. Es un bocazas.

—Puede que sea un bocazas —susurró Louise—. Pero pudo haberme matado, Jacob.

—Sí... Eso es cierto. ¿Qué te parece que hagamos con él?

—Es simpático... No sé. Quizá aceptaría venirse con nosotros, pero ya somos suficientes.

—Puedo degollarlo ahora —sonrió Sheldon, sacando su cuchillo—. Ni se enterará. A mí no me gustaría que viniera con nosotros... No es conveniente tener tratos con desconocidos. ¿Para qué? Como ha dicho Louise, ya somos suficientes.

—Podemos dejarlo con vida mientras estemos aquí —dijo Louise—. Nos servirá de distracción.

—No, no... Es demasiado peligroso, Louise. Estoy seguro de que no ha mentado al decir que es un rayo con el revólver. Conozco a esta clase de

muchachos... Son muy peligrosos.

—También nosotros somos peligrosos —deslizó ella—. Y él está desarmado, ¿no? ¿Qué vamos a ganar matándole ahora?

—Está bien... No me gusta, pero lo dejaremos tranquilo... Sólo hasta que nos vayamos a marchar de aquí, recuérdalo. En cuanto la tempestad cese, nos iremos...

Y seremos tres menos a cabalgar. Sí, de momento, quizá estén mejor vivos, los tres. Pueden sernos útiles...

Y ahora, hablemos de los turnos... ¡Hey, vosotros, venid!

Capítulo VI

No se podía negar que Clinton y las dos muchachas tenían suerte: el día llegó sin que la tempestad hubiera amainado casi nada. La tormenta de arena era tan espesa que formaba una nube que tapaba completamente el sol. El nuevo día, ciertamente, no podía ser más sombrío y lúgubre. El viento silbaba con una fuerza inaudita, y por algunas grietas se podían ver cada vez más bolas de espinos furiosamente lanzadas por el aire.

—Estamos listos —masculló Sheldon—. Bien está este lugar para pasar la noche, pero si nos quedamos mucho tiempo aquí las cosas pueden irnos mal.

—Haría falta estar loco para salir ahí fuera ahora —gruñó Jacob—. De modo que tendremos paciencia... ¿Qué hace usted, Monrovie?

—Estaba mirando este paquete... Es muy bonito.

—Es un vestido —rió Cummins—. Un lindo vestido de señora, supongo, ya que pertenece a la hija del alcalde.

—¿Qué alcalde?

—El de Middle Town.

—Ah... —se volvió para mirar a Nancy—. No me digáis que mi nuevo amor es hija de un alcalde.

—¿Tu nuevo amor? ¿Qué pasó con la maestra?

—¿Qué maestra? —se asombró Clinton.

Hubo algunas risitas. Clinton encogió los hombros, y se acercó, a Louise.

—La ayudaré, señora.

Entre los dos prepararon café y el resto del desayuno, que todos comieron en silencio, mohínos por la contrariedad que significaba la tempestad. Pero, realmente, reanudar la marcha con aquel tiempo era una locura.

Cuando todos hubieron comido, Clinton llevó la sartén a las dos muchachas, con lo que había quedado y con su propia cuchara.

—Comed —dijo.

Ambas movieron negativamente la cabeza, pero él frunció el ceño, e insistió, colocando la sartén casi en las narices de Betsy.

—He dicho que comáis... Está feo rechazar la invitación de unos amigos. Y si estos señores nos invitan, es que son amigos nuestros. Y como además hay que comer, pues... ¡comed!

Nancy fue la primera en empezar a comer, sin mostrar la menor repugnancia ante la cuchara de Clinton. De pronto, Betsy se echó a llorar.

—¿No te parece buena la comida? —se interesó Clinton.

Ella continuó llorando, y él encogió los hombros. Se sentó junto a Nancy, estirando mucho las piernas, y comenzó a silbar La «estrella solitaria», mientras contemplaba pensativamente sus viejas botas.

—Me compraré unas botas nuevas en Rock Springs —dijo de pronto—. Las botas viejas sólo traen disgustos.

Continuó silbando, mientras Nancy y Betsy comían. Los demás iban de un lado a otro, fumando, y mirando de cuando en cuando por las grietas de las ventanas hacia la fantasmal calle. Cuando las dos chicas devolvieron la sartén a Clinton, éste continuó silbando, siempre pensativamente, sin hacerles el menor caso. Alargó una mano hacia la botella de *whisky*, y bebió un trago. Luego miró hacia la caja que contenía el vestido de Betsy, y sonrió.

Se puso en pie, fue hacia allá, y abrió la caja, bajo las vigilantes miradas de todos. Sacó el vestido, que era de un bonito tono azul, muy fino. Se lo puso por delante, y caminó hacia el espejo que estaba roto como una tela de araña, mientras los demás comenzaban a reír.

—No estarías mal con ese vestido, Monrovie —sugirió Grusom.

—Pse...

—Pero tendría que afeitarse el pecho, ¿no? —rió Everitt, muy divertido—. Es muy escotado.

—Sería curioso ver a un hombre con esas ropas —se fue animando Sheldon—. ¡Y muy divertido! Apuesto a qué nos moríamos todos de risa. ¿Tú qué dices, Jacob?

—Dejaros de tonterías. Tenemos que pensar en el modo de marcharnos de aquí cuanto antes.

—Dígaselo a la tormenta —sugirió Clinton—. Por mi parte, y si el trato sigue en pie, no pienso salir de aquí hasta que se pueda cabalgar como corresponde. Hey —se echó a reír—, ¿no os gustaría ver a una linda chica bailando el can-can?

—No creo que ellas sepan —miró Grusom a Nancy y Betsy, que habían palidecido.

—¡Qué han de saber...! —exclamó Clinton—. Pero yo sí sé.

—¿De veras? Bueno, de todos modos no eres una linda chica, ¿eh, Monrovie? ¿O sí?

La carcajada fue general en el grupo de forajidos.

—Puedo intentarlo... Lo qué me pregunto es cómo y por dónde se puede uno poner este vestido... ¿Por los pies o por la cabeza? ¿Qué dices tú, adorada Nancy? ¡Contesta, maldita sea tu estampa!

—Por... por la cabeza...

—Ah... Por la cabeza... Caramba, sería gracioso que yo me pusiera este vestido y bailase un buen can-can.

—No tienes narices de ponerte ese vestido —rió Sheldon.

Clinton lo miró torvamente.

—¿Estás diciendo que yo hablo y hablo y hablo, y luego no cumplo lo que digo?

—Sólo digo que no tienes narices para hacerlo. Y si te molestan mis palabras, pues la cosa es simple: póntelo.

—¿Cuánto apuestas? ¿Diez dólares?

—¡Van otros diez míos! —soltó una risotada Cummins.

—¡Y míos!

—¡Y míos!

—Animo, Monrovie —sonrió torcidamente Jacob—. Tiene cuarenta dólares muy cerca de su bolsillo, según parece.

—Preferiría cincuenta.

—¡De acuerdo! —rió Jacob—. ¡Yo también apuesto esos diez dólares!

—¡Bien! ¡Serán los cincuenta dólares que más fácilmente habré, ganado en mi vida! ¿Quién me ayuda a ponerme esto...? A ver, tú, Nancy, ven conmigo...

—¿Adonde piensas ir? —frunció el ceño Sheldon.

—Hombre, al escenario... No voy a cambiarme delante de vosotros, ¿eh? Sería una indecencia. Además, quiero que mi nuevo amor me diga cómo tengo que ponerme esto... ¿Qué pasa contigo? ¿Crees que voy a escaparme, a pie, con este tiempo, y teniendo vosotros siete buenos caballos?

—No te las des de listo conmigo, Monrovie.

—Yo me las doy de listo con quien me da la gana. Pero si lo que pasa es que no quieres perder la apuesta, está bien.

—¿Qué quieres decir?

—Estás poniendo dificultades a mi... actuación. ¿O no? ¿Qué tiene de malo que Nancy me ayude? Mi amigo, yo no estoy acostumbrado a ponerme cosas de éstas. ¿Tú, sí?

Los demás rieron, y Sheldon frunció el ceño.

—Yo quiero ver eso —masculló—, aunque me cueste diez dólares. De acuerdo, la chica te ayudará..., pero yo estaré con vosotros. Tú, nena, ponte en movimiento: vestiremos de corista a Monrovia... ¡Ya!

Nancy se puso en pie, y caminó hacia donde la esperaban los dos hombres. Subieron al escenario polvoriento por la pequeña escalerilla lateral, y segundos después desaparecían por el lado derecho. Jacob Neilan frunció el ceño, y miró a Everitt significativamente. Alex Everitt asintió, con la cabeza, se puso en pie, y subió también al escenario, con la mano sobre el revólver.

Decididamente, no se confiaba en lo más mínimo.

Pero no había motivos para alarmarse. Cuando llegó al corto pasillo interior, Clinton se había quitado ya las botas, y estaba quitándose los pantalones, delante de Nancy Blaine, que había cerrado los ojos y estaba sonrojadísima. Sheldon reía de buena gana, sosteniendo el vestido. En menos de un minuto, Clinton quedó en calzoncillos largos y camisa, y, ante la creciente hilaridad de los dos forajidos, comenzó a ponerse el vestido, bien torpemente, desde luego. Sacó la cabeza por donde pudo, y miró a Nancy.

—Eh, cariño, ¿a qué has venido aquí? ¡Vamos, ayúdame!

Mirando a otro lado; cada vez más sonrojada, y con manos temblorosas, Nancy le ayudó, a ponerse el vestido. Las carcajadas de Everitt y Sheldon eran ya algo fuera de toda descripción. Se habían separado, y reían como si se les fuesen a romper las mandíbulas, sujetándose el vientre con ambas manos. Verdaderamente, si hay algo digno de verse, era aquello: un hombre de las recias características viriles de Clinton, con un bonito vestido de mujer, de delicado tono azul.

Everitt salió al escenario, dando trompicones.

—¡Ay, mi madre! —hipó—. ¡Muchachos, prepararos para reír como nunca en vuestra vida! ¡Ay:..., que me muero...!

Se retiró del escenario cuando Clinton apareció allí, por fin. Y nada más aparecer, Louise, Jacob, Bill Grusom y Walworth Cummins lanzaron la carcajada.

—Damas y caballeros —sonrió la corista—, tienen ante ustedes a la bellísima bailarina y cantante Nevada Polly... Soy yo, claro. Y ahora, les bailaré algo y cantaré. ¡Allá va!

Comenzó a mover las piernas de un lado a otro, acompañándose con palmas, y cantando pésimamente:

Un hombre me quiso ver

*el otro días los lunares.
y yo le dije que eso...
¡costaba buenos dólares!
El hombre se me enfadó, y dijo
que para verme los lunares...
y otras cosas demasiado vieja era yo.
Le dije a mi hombrecito...*

Clinton continuó cantando y bailando, pero ya, sólo podían verlo. Oírlo, no, porque las carcajadas eran más fuertes que la salvaje tempestad del exterior. Betsy Wender estaba sumida en el más completo y espantado estupor, roja de vergüenza, con los ojos cerrados, al fin. Pero los demás, empezando por Louise Scott, estaban al borde del histerismo por la risa.

Durante un par de minutos, Clinton Monrovie estuvo bailando y cantando, hasta que Jacob Neilan ya no pudo más.

—¡Basta! —chilló—. ¡Por todos los demonios, basta, que voy a partirme... en pedazos...!

Clinton se detuvo, saludó, y luego se fue hacia la salida del escenario, tirando besos, jadeando... Allí, Nancy Blaine parecía al borde del desmayo, y Everitt y Sheldon al de la locura, apoyados en la pared, sujetándose las costillas...

—¿Os ha gustado la función? —sonrió Clinton.

—¡Ay, mi madre...! —hipó Everitt—. ¡Ay, madre, que me muero!

—Pues todavía tengo algo mejor...

—¡No! —gritó Sheldon—. ¡Es imposible!

—Ya verás que sí es posible... Venid. Tú, Nancy, bonita, quédate ahí.

Se los llevó un poco más adentro del pasillo. Afuera seguían oyéndose risas, y silbidos, y aplausos.

—¿Qué... demonios se te ha... ocurrido ahora? —rió Sheldon.

—Vosotros no sois muy listos, ¿eh? Tenéis aquí a dos lindas chicas que supongo no os vais a llevar cuando os marchéis, y os dedicáis a aburrirlos.

—¿Qué quieres decir? —se sorprendió Everitt.

—Hombre... Yo creo que aún disponemos de una función mejor. Las chicas son muy bonitas... ¿No se os ha ocurrido...? ¿Eh? Bueno, ya me entendéis...

—No es momento de complicarse la vida con esas cosas —gruñó Sheldon.

—Bueno, pero al menos podemos divertirnos todos. Yo también tengo derecho a reír, ¿no es así? Lo pasaríamos muy bien.

—¿De qué estás hablando?

—Pues... podríamos decirles a esas chicas que bailen lo que sepan, pero... sin el vestido. ¿Qué os parece?

Sheldon y Everitt cambiaron una mirada, pero el primero movió la cabeza negativamente.

—No, no... Nada de complicaciones, Monrovie...

—¿Qué complicaciones?

—Yo creo que es una buena idea —musitó Everitt, con los ojos brillantes—. A fin de cuentas, esas chicas ya no... Bueno, ellas no podrán nunca recordar esto, Sheldon. ¡Qué demonios, sería divertido como nada en la vida...!

—Animo —guiñó un ojo Clinton—. ¡Ve a buscar a la otra!

—¡Desde luego que sí, Monrovie! Oye, pero tú cantarás algo como eso de Nevada Polly.

—Seguro, hombre.

—Eso no le va a gustar a Jacob —masculló Sheldon.

—No le diré de qué se trata. Se llevará una sorpresa..., y se reirá como un loco. Oh, vamos, Sheldon, lo estamos pasando bien en este maldito lugar, ¿no es cierto? ¿Por qué demonios te empeñas en estropearlo todo? ¿Acaso alguna vez habías reído tanto como hoy?

—No —empezó a reír Sheldon, bajo el recuerdo de la actuación de Nevada Polly—. ¡Por todos los muertos del mundo, no!

—Pues voy a buscar a la otra chica.

—Pero Jacob no...

—Yo le convengo, hombre. Le diré que es una sorpresa, ya verás como traigo a la chica.

Everitt se alejó hacia el escenario riendo, y Sheldon Grant reanudó sus risas. La verdad era que la idea no parecía mala... Lo que sí fue malo fue el tremendo puñetazo que recibió en plena boca del estómago, con una potencia brutal, con una dureza que casi rasgó sus tejidos interiores. Se quedó un instante petrificado, doblado sobre sí mismo, sin aliento, exhalando débilmente un quejido... Para entonces, Clinton le había quitado el revólver de la funda con un velocísimo gesto, y le golpeó con él en la frente, doblando a Sheldon Grant de rodillas...

Moviéndose con una rapidez increíble, Clinton pasó detrás de Sheldon, y su brazo derecho por delante del forajido, clavándose en la garganta. Cuatro o

cinco pasos más allá, Nancy Blaine parecía a punto de desmayarse, con los ojos desorbitadamente fijos en la inesperada escena, las manos sobre el corazón. Sí, parecía a punto de desmayarse de un momento a otro, de terror, de angustia... Estaba pálida como un cadáver...

—Venga aquí —jadeó Clinton, apretando más y más la garganta de Sheldon—. ¡Venga aquí, y coja el revólver de mi mano!

Por debajo de él, todavía arrodillado, Sheldon Grant se debatía, en forzado silencio para quitarse del cuello aquel brazo de acero, que no cedió ni una décima de pulgada. Unos roncOS sonidos brotaban, muy apagados, de la boca de Sheldon, mientras afuera en el local donde esperaban los demás se oía, mezclada con carcajadas, la voz de Alex Everitt:

—¡Hombre, Jacob, ya te digo que es una sorpresa...! ¡No me fastidies!

—Alex, ya hablamos de esto, de las chicas... Y quedamos en que...

—¡No es lo que piensas! Tú déjame hacer a mí... ¡Venga, nena, sube al escenario! ¡Que subas, te digo...!

Nancy Blaine se encontró, de pronto, delante de Clinton, y de aquel hombre que tenía arrodillado ante ella, con el rostro amoratado, como ennegrecido. Por encima de aquel rostro, el de Clinton, lleno de sudor que formaba churretes en la costra de polvo; un rostro crispado, absolutamente nuevo para la maestra de Middle Town, que captó la desesperada mirada de Clinton, y por fin le quitó el revólver de la mano, como un autómeta.

Clinton dio el último apretón, cuando ya la lengua de Sheldon Grant estaba completamente fuera, en una mueca horrible, y los ojos completamente desorbitados. Clinton lo soltó, y sujetó a Nancy en el momento en que la muchacha iba a desmayarse.

—Señorita Blaine... —jadeó—. ¡Señorita Blaine!

¡Plaf!

La muchacha se tambaleó bajo los efectos de la bofetada propinada por Clinton que la sujetó inmediatamente por los hombros, sacudiéndola.

—Señorita Blaine, reaccione...

—Dios... Dios mío...

—¡Venga conmigo!

La cogió de una mano, y tiró de ella hacia la puerta de uno de los camerinos, que empujó con el pie, pues también su otra mano estaba ocupada, en arrastrar a Sheldon, asido por el cuello de la cazadora. Una bocanada de aire frío, una nube de polvo los envolvió a los dos. Dentro de aquel camerino, por una ventana destrozada, y colándose por otros puntos igualmente destrozados del saloon, la salvaje tempestad hacía acto de presencia.

Clinton se inclinó, y le quitó a Sheldon el cuchillo. Ahora no tenía las manos ocupadas en sujetarlo y estrangularlo a la vez. Miró rápidamente a la muchacha.

—Quédese aquí, por el momento... ¡Y si vienen a buscarla, dispare contra ellos! ¿Me ha entendido?

—Dios mío...

Clinton salió, y cerró la puerta inmediatamente, dejando a Nancy sola con un cadáver, envuelta en aquella pequeña tempestad del camerino. Salió rápidamente al pasillo, justo cuando Everitt llegaba al escenario, llevando a la asustadísima Betsy Wender asida de una mano, tirando furiosamente de ella.

—¡Harás lo que te digamos, palomita, o lo pasarás aún peor! ¡Más de prisa! —llegó al pasillo y se detuvo ante Clinton, alzando las cejas—. ¿Y la otra chica? ¿Y Sheldon?

Clinton le guiñó un ojo.

—Están en uno de los camerinos. Tu compañero es un impaciente.

—Je, je... ¡Vamos allá! ¡Camina, nena!

Dio otro brutal tirón de la mano de Betsy, casi derribándola de bruces, caminando apresuradamente hacia los camerinos. La idea de la nueva función había penetrado demasiado en su mente, y no hacía caso de nada más...

Se sorprendió muchísimo cuando un brazo de Clinton pasó ante su garganta, y en un instante comprendió que algo no iba bien. Quiso lanzar un grito de advertencia, pero en aquel momento, el cuchillo de Sheldon Grant, manejado por Clinton, se hundía con seco y fortísimo impacto en sus riñones.

—¡AAAAaa... Aaa...!

¡Toc! El cuchillo había salido, y volvió a hundirse, casi en el mismo sitio, con idéntico seco sonido... De pie junto a los dos hombres, Betsy Wender comenzó a gritar lanzando al aire un alarido de espanto, finísimo, agudo, que se clavó en los oídos de Clinton al tiempo que soltaba la tercera cuchillada. Empujó al difunto Alex Everitt, y se volvió como, una fiera, hacia la muchacha.

—¡Cállese! —alzó el cuchillo—. ¡Cállese o la degüello!

Betsy Wender se calló en el acto, quedando con la boca abierta, y los ojos fijos en aquella mano manchada de sangre, en el cuchillo que goteaba... Clinton tiró rabiosamente el cuchillo, se inclinó sobre el cadáver de Everitt, y le quitó el cinto con el revólver.

—¡Alex! —se oyó la voz de Jacob—. ¿Qué demonios está ocurriendo aquí?

—Hacia el fondo —jadeó. Clinton—. ¡Vaya hacia el fondo!

Él se deslizó hacia donde habían quedado sus ropas y sus botas, y lo recogió todo de un manotazo, llevando ya el revólver de Everitt en la diestra. Verdaderamente, el aspecto de Clinton Monrovie, ataviado con un bonito vestido azul de mujer, no podía ser más grotesco, puesto que había dejado de ser cómico.

—¡Alex! ¡Sheldon! —insistió Jacob.

—La señorita Blaine está en un camerino. Vaya a buscarla... Y vengan las dos aquí. ¡Vaya a hacerlo, señorita Wender!

Betsy comenzó a retroceder, todavía pálida, aturdida. Clinton se deslizó hacia el escenario, muy cerca del cual volvía a oírse la voz de Jacob Neilan:

—¡Sheldon! ¡Salid inmediatamente! ¡Ya basta de tonterías!

Clinton dejó de mirar un instante hacia el escenario, para lanzar un vistazo a los culotes de los cartuchos. Sopló el poquísimo polvo que se veía allí. Naturalmente, todos envolvían en pañuelos sus armas cuando cabalgaban por una tempestad de arena, pero siempre se colaba una peligrosa cantidad de polvo... Parecía un felino, agazapado, esperando, fijos sus grises ojos en el escenario.

—Bill, Walworth —volvió a oír a Jacob—, ¡venid conmigo! ¡Vamos a ver qué pasa ahí dentro! Louise, coge un rifle... No me gusta este silencio ahora...

El primero en aparecer en el escenario, de lleno en la línea visual de Clinton, fue el propio Jacob, con el revólver en la mano. Pero, al mismo tiempo que lo veía, Jacob le vio a él, encogido, agazapado, revólver en mano...

—¡En! —chilló Jacob—. ¡Ese Monrovie...!

¡Pack!

El disparo sonó como un trallazo allá dentro, en el corto pasillo. Jacob Neilan estaba ya saltando hacia atrás, pero no pudo evitar el plomo. Lanzó un grito de dolor al recibirlo en el hombro izquierdo, giró sobre sí mismo un par de veces, y habría caído, del escenario abajo si Walworth Cummins no le hubiera sujetado.

—¡Está armado! ¡Ha matado a Sheldon y a Alex...! —aulló Jacob—. ¡Cuidado con él! ¡Maldito sea ese hijo de p... de perra...! Le vamos a... ¡Monrovie! ¿Me está oyendo, Monrovie?

Capítulo VII

—¡Le oigo, amigo! ¿Qué se le ofrece? —gritó también Clinton.

—¡Le vamos a hacer pedazos si no sale ahora mismo de ahí!

—¡Atrévanse a venir a buscarme, Jacob! ¡Eso es todo!

Se incorporó, volviéndose hacia el fondo del pasillo, por donde llegaban Nancy y Betsy, asustadísimas. Señaló un lugar fuera de la línea de tiro desde el escenario.

—Será mejor que se sienten ahí —musitó—. Y no vacile en usar ese revólver si llega el caso, señorita Blaine.

—Yo... yo no sé... cómo se... se dispara...

Clinton Monrovia sonrió, de pronto, sorprendiendo a las dos. Estaba tan tranquilo como si no hubiera ocurrido nada, y, desde luego, no se consideraba en ridículo por llevar puesto un vestido femenino.

—Sólo hay que apuntar y apretar el gatillo. Es fácil. ¿No está de acuerdo, señorita Wender? Supongo que usted sí sabe disparar.

—No... No, tam... tampoco...

—¿De veras? —Clinton parecía en el colmo del asombro—. Vaya contrariedad tan grande, se lo aseguro. Espero poder mantenerlos a raya hasta que lleguen el alguacil y los demás, pero si algo me ocurriese antes, sería bueno que ustedes pudieran manejar un revólver.

—¿El señor Gartzman... va a venir?

—Y su padre de usted... Y muchos más. Es decir —sonrió con inesperada frialdad—, espero que vengan. No son muy listos, pero está claro que cuando el conejo no está hacia el Sur, es porque habrá ido hacia otro lugar... Es sólo cuestión de saber pensar, de saber ponerse en el lugar del conejo... o de la zorra ladrona. ¿Lo entienden?

—No..., no mucho...

—¿De verdad que no? —volvió a asombrarse Clinton—. Bueno, yo espero que al menos lo entiendan ellos. Bien —miró hacia el escenario—, creo que esos hombres se mostrarán prudentes, al menos durante unos

minutos. ¿Les molestaría cerrar los ojos, o volver la cabeza...? Estoy más cómodo con mis pantalones.

Las dos se sofocaron, y cerraron inmediatamente los ojos. Clinton se quitó el vestido, y se puso sus ropas, suspirando aliviado. Se había demostrado a sí mismo que, en efecto, era capaz de cualquier cosa por la señorita Blaine, pero... se sentía mucho mejor con pantalones y botas..., aunque fuesen viejas.

—Ya está... Lo siento por el vestido, señorita Wender. Está manchado de sangre. Tendrá que lavarlo muy bien para...

—¡No! ¡No quiero verlo nunca más!

—Bien... Eso es cosa suya. Dígame: ¿qué ocurrió exactamente en Middle Town? —captó la inquieta mirada de ellas hacia el escenario, y sonrió una vez más—. No se preocupen por esa gente. Por el momento, están cambiando impresiones sobre lo que les conviene hacer. ¿Qué pasó en el pueblo?

Nancy Blaine parecía bastante más serena, y fue quien relató los hechos, mientras Clinton iba asintiendo con la cabeza. Cuando ella terminó, Clinton arrugó el ceño.

—Es probable que Sam Bible haya muerto, a estas horas —musitó—. Estaba muy mal, según me dijeron.

—¿Y... y Parker Elbrick...? —se interesó Betsy.

—Oh, él estaba bien. Tenía un buen chichón, pero eso era todo. Salió con la posse..., hacia el sur, claro...

—Pero... no comprendemos... ¿Cómo ha venido usted solo? ¿O están los demás cerca de...?

—Ya les he dicho que fueron hacia el sur.

—Y usted ha venido solo... ¿Por qué, señor Cottam?

Clinton miró fijamente a Nancy Blaine.

—Mi verdadero nombre es Clinton Monrovie, señorita Blaine —dijo roncamente—. La historia que conté no era ninguna fantasía... en ninguna de sus partes. Excepto en lo del hombre que yo decía que tenía que matar en Rock Springs. No existe tal hombre. Mis hermanos fueron muertos hace cuatro meses, y eso es todo. Creo..., creo que era lo que se merecían hacía ya tiempo.

—Dios mío —gimió Betsy.

—No debe usted... hablar así, señor Cottam —dijo Nancy—. Se está... lastimando usted mismo...

Clinton se sumió en sombrío silencio. De pronto, miró de nuevo a Nancy.

—Debe... perdonarme que la besara, señorita Blaine. Tenía que... que convencer a esa gente de que era un granuja. Bien, no le pido que me perdone, en realidad, pero quisiera... que lo comprendiese, y que no me guardase rencor. Ustedes... se portaron muy bien al no demostrar que me conocían. Fueron inteligentes, sí...

—No le guardo rencor, señor Cottam —murmuró ella.

—Monrovie... Clinton Monrovie. Y sé muy bien que en cuanto se conozca mi verdadero apellido tendré que marcharme de Middle Town. Es decir —sonrió desganadamente—, si alguno de nosotros puede volver allí, claro.

El significado de sus palabras fue fácilmente comprendido por las muchachas. Todos quedaron en silencio. En el saloon sólo se oía el resoplar de algunos de los caballos. Y fuera, rugiendo siempre, la tempestad de arena.

—Usted —dijo de pronto Nancy— parece un hombre diferente.

—Siempre he sido el mismo, señorita Blaine.

—Pero en Middle Town parecía tan..., tan...

—¿Pacífico? —sonrió Clinton—. Soy pacífico, mientras no hay necesidad de ser otra cosa. Precisamente por eso me separé de mis hermanos hace años...

—Pero hoy ha... ha matado a dos hombres...

—Por el momento dos, sí. La cuenta no ha terminado.

Nancy se mordió los labios.

—Quizá se podría llegar a un acuerdo con ellos... Sería una gran sorpresa para mí. ¿Sabe por qué no me mataron en seguida? Porque llegaron a pensar que podían hacerlo en cuanto quisieran, y mientras tanto, se distraían. Además, quizá pensaron también que yo no llegaba solo. Cualquiera sabe... Pero puede estar segura, señorita Blaine, de que si esta mañana no hubiera continuado la tormenta, nosotros tres estaríamos muertos.

—No..., no creo que hicieran... eso.

—¿No? Bien, quizá yo no entienda de estas cosas tampoco... Quizá. Esos tipos mataron a un hombre en Middle Town, hirieron a otro, y se llevaron veinte mil dólares. Comprenda que...

—¿Veinte mil? Pero ellos han dicho... Ellos se han repartido sólo doce mil, señor... Monrovie.

—¿Sólo doce mil? No comprendo. Parker Elbrick aseguró que habían robado casi veinte mil.

—No, no... Doce mil. Los vimos cómo se repartían el dinero. Dos mil dólares cada uno.

Clinton quedó pensativo unos segundos.

—¿Encontraron a alguien por el camino, señorita Blaine? ¿Le dieron algo a alguien antes de llegar aquí? Es posible que falte uno de ellos, con el resto hasta veinte mil dólares...

—Hablaron de un amigo que tienen en Middle Town. Sí, eso fue. Uno de ellos protestó porque ese amigo se había quedado más dinero que ellos.

Clinton la miró vivamente.

—¿Están seguras de eso?

—Lo oímos todo muy bien.

De nuevo quedó Clinton pensativo, y ahora por mucho más tiempo. Cierto: él no sabía leer, pero sí sabía pensar. Y las cosas estaban mucho más claras ahora. Él había perdido, al fin, la hebilla de su bota, y alguien se había aprovechado de ello. Alguien que debía temer que Gartzman comprendiera que para que aquellos hombres consiguieran sus propósitos, debían ser ayudados por alguien del pueblo. Y nada más fácil que acusar al que todavía podía ser considerado como forastero: Clinton Cottam, que había llegado hacía un mes, disparaba de un modo que los tenía sorprendidos a todos, aquella noche se había negado a aceptar el puesto de ayudante interino... Era el sospechoso ideal, no cabía duda. Y mientras a él se le acusaba de todo esto, los forajidos escapaban hacia Little Plain, y su amigo se quedaba en el pueblo, ya con su parte. Sí, eso era: el hombre que había ayudado a Jacob y los suyos se habían quedado con su parte ya en Middle Town.

—¿Están seguras de que no vieron a nadie que tuviera tratos con esos hombres? ¿No se acercó algún jinete, o alguien a pie, o uno de ellos se desvió llevándose una parte del dinero...?

—No, no... Nos hicieron caminar una milla a pie, donde la mujer esperaba con los caballos. Luego vinimos hacia aquí... Nadie se acercó.

—¿Ni dejaron un paquete en algún árbol hueco, bajo unas piedras...?

—No.

—Bien... Lo de la hebilla ha sido una casualidad que alguien ha sabido aprovechar. Pero, de todos modos, si no yo, alguien habría sido acusado de complicidad con estos hombres.

—¿A qué se refiere?

—No importa... —musitó Clinton—. No importa. Pero ya he aprendido una cosa más: no se deben usar botas viejas porque las hebillas pueden perderse.

Nancy y Betsy quedaron lógicamente desconcertadas, pero no preguntaron nada más. Clinton miró hacia el escenario, fruncido el ceño.

—Algo están tramando... Y me parece que no estamos aquí tan seguros como nos convendría: esto es una ratonera. Pueden entrar por una ventana de atrás... Y no me gusta nada este silencio.

Tras unos segundos más de inquietas reflexiones, cogió el vestido azul de Betsy Wender, y comenzó a rasgarlo, hasta conseguir tres grandes pedazos.

—Un vestido muy bien aprovechado —sonrió secamente—. Van a tener que cubrirse la cabeza con estos trozos. Háganlo de modo que solamente quede un pequeño espacio para los ojos. Todo lo demás deberá estar bien tapado. Tenemos que salir de aquí... sin remedio. Lo siento.

En pocos minutos los tres tuvieron las cabezas bien protegidas por los trozos del vestido. Clinton se había anudado su trozo de tela dejando debajo el sombrero, a fin de que las alas protegieran más sus ojos y tener más libres las manos.

—Caminarán detrás de mí, y así la arena no las afectará tanto. Tómense de la mano entre ustedes. Y usted, señorita Blaine, cójase a mi cinto, y no se suelte por nada, en cuanto salgamos..., ¿lo han entendido bien?

—Sí...

—Pues en marcha.

Se dirigieron al camerino donde estaba el cadáver de Sheldon Grant. Betsy lanzó un respingo, pero tragó saliva con determinación, mirando hacia donde señalaba Clinton.

—Hay que salir por esa ventana... Esperen.

Acercó un viejo y enorme baúl, vacío. Probó la consistencia de la madera. Luego, ya envueltos en arena que los acribillaba dentro del camerino, se subió, y desapareció por la ventana, tras indicar:

—Salgan por el mismo sitio si dentro de medio minuto no han oído nuevas instrucciones.

No hubieron nuevas instrucciones, y poco después las dos muchachas salían por la ventana, cayendo en los brazos de Clinton, una tras otra. Estaban en un patio donde se veían muchas cajas y toneles vacíos. Todo lleno de arena. Como ellos mismos, que estaban aún parcialmente protegidos por una valla de madera, rota, despedazada casi completamente. A cinco yardas ya no tenía aspecto de ir a ceder en muchas más horas todavía.

—¡Al suelo! —gritó de pronto Clinton—. ¡Al suelo...!

Al mismo tiempo que saltaba hacia atrás, empujaba a Nancy, quien, a su vez, empujó a Betsy Wender. Los tres rodaron sobre la espesa capa de polvo y arena, pero mientras las dos mujeres perdían por completo toda orientación

y equilibrio, Clinton daba una vuelta hacia atrás, sobre sus hombros y nuca, y sacaba el revólver...

Ante él brillaron dos fogonazos cárdenos, violáceos quizá, y los dos estampidos restallaron nítidamente en la tempestad, alejándose, repercutiendo sobre las ondas del viento, repitiéndose sobre las nubes de polvo.

Clinton Monrovie notó como un violento tirón en su pierna izquierda: un tirón tan fuerte que tuvo la impresión de que la pierna era arrancada de allí, que desaparecía; un impacto tan tremendo que cayó de bruces sobre el polvo..., pero ya disparando su revólver hacia una de aquellas dos sombras que difícilmente podía distinguir en la tempestad rugiente, arremolinada. También el grito de agonía se lo llevó la tempestad, lejos..., muy lejos. Una de las sombras había saltado hacia atrás, y desapareció.

Con los ojos llenos de tierra, Clinton, buscó desesperadamente la segunda sombra. No pudo distinguirla, pero, por delante de él, un poco a la izquierda, otro fogonazo turbio brilló; se oyó otro estampido fortísimo, y en seguida, junto al cuerpo de Clinton, un acolchado sonido.

¡Pack!

Un nuevo grito por delante de Clinton Monrovie, que había disparado guiado por el fogonazo. De pronto, la sombra se adelantó, quedó claramente visible, ya perfectamente identificable como un hombre, que avanzaba a trompicones, tambaleándose, alzando un rifle...

¡Pack!

—¡AAAAaaa... AAAaaaaa...!

Otro grito que se llevó el viento, mientras el hombre quedaba inmóvil, con el rifle a la altura de la cintura, como si fuese a disparar de un momento a otro. Dio un par de pasos más, apareció ya con toda claridad ante los ojos de Clinton; cayó de rodillas. Luego, bruscamente, de bruces.

—Señor Cottam... Clinton...

—Cállese, señorita Blaine —jadeó Clinton.

Tenía al segundo hombre a menos de tres yardas de él, pero no intentó acercarse. Estuvo inmóvil durante un par de minutos, esperando, alerta, casi sin ver, llenos los ojos de tierra, y la boca, y las orejas... Oleada tras oleada la salvaje tempestad iba lanzando puñados de tierra contra el rostro de Clinton Monrovie, con desesperante continuidad... Parecía que allí estuviese toda la tierra seca del mundo. El aullido del viento aumentó, se agudizó.

No se veía absolutamente nada, ya ni siquiera a cinco yardas de distancia.

Continuó arrastrándose, y en pocos segundos distinguió el bulto del otro hombre. A este le dio la vuelta asiéndolo por un hombro. Era Grusom. Sí,

Grusom lo llamaban... Y también Bill... Tenía los ojos abiertos. Terriblemente abiertos, y se iban llenando de arena, de polvo, de viento, de muerte... Era espantoso contemplar aquellos ojos tan abiertos asimilando una capa de polvo que iba tapando las pupilas, todo el ojo, velándolo, dejándolo convertido en una mancha amarillenta...

Soltó la cazadora, y Bill Grusom regresó a su postura de muerte, blandamente. Parecía que su cuerpo se iba hundiendo en la gran capa de tierra.

Cuatro... Había matado ya a cuatro. Eso significaba que solamente quedaban Louise y Jacob. Y Jacob estaba herido... Sabía que le había acertado cuando disparó contra él al aparecer en el escenario. Sí, le había acertado en un hombro, estaba seguro. Según esto, Jacob no podría cabalgar.

Pero... ¿y si podía? Quizá lo consiguiese. Podía subir a caballo, ayudado por Louise. Si hacían eso, les sería fácil llevarse los demás caballos. Todos los caballos. Y entonces, él y las dos muchachas quedarían allí, solos, a merced de la tormenta. Y si ésta, al fin, cesaba, tendrían que recorrer a pie no menos de treinta millas. Ellas no lo resistirían.

—Imbéciles —casi gimió Clinton—. ¡Malditos imbéciles, ir hacia el Sur...!

Regresó junto a Nancy y Betsy, arrastrándose. La pierna le pesaba más que... Sí, más que si estuviese arrastrando un caballo muerto. Eso era.

—¡Señorita Blaine!

—¡Aquí, Clinton...!

Llegó hasta ellas, dejando un reguero de sangre que el polvo absorbía con increíble rapidez. No las veía muy bien, y seguramente ellas aún le veían peor, ya que tenían la cabeza completamente envuelta en los trozos del vestido.

—No se separen de mí... No importa lo que suceda, o lo que oigan... Si oyen galopar de caballos, tienen que esconderse. Busquen cualquier casa, pero tienen que esconderse. Es posible que ellos se lleven los caballos, pero no importa... Permanezcan a salvo. Espero..., espero que Gartzman y los demás habrán comprendido ya su error, y estarán galopando hacia aquí... Sólo tienen que esconderse, y esperarlos.

—Clinton..., ¿qué va a hacer usted?

—Intentaré conseguir algunos caballos. Es el único modo de salir de aquí. Pero si no regreso, y ellos escapan, no se dejen ver... Sigán escondidas. Sólo tienen que esperar.

Era una tontería, pero Clinton Monrovie sonrió. Se arrepintió en seguida, porque los dientes se le llenaron de tierra... Comenzó a toser, y estuvo unos segundos escupiendo tierra. A cada sacudida de su cuerpo, la pierna parecía que se partía en mil pedazos. Desde luego, no tenía ningún hueso roto, pero un balazo de rifle es siempre cosa muy seria... Muy seria.

—No podemos esperar, señorita Blaine. Es un riesgo demasiado grande... Si supiese que Gartzman y los demás van a venir, esperaríamos, pero... ¿y si no vienen? ¡Tengo que conseguir aunque sólo sea un caballo! Al menos, ustedes podrán regresar a Middle Town...

—Clinton... Clinton, yo no regresaré sin usted... No lo haré jamás.

—¡No sea estúpida! —gruñó él—. Les traeré un caballo y así podrán...

Notó una suave presión en sus hombros, en su cuello. Luego, se dio cuenta de que sus dientes se llenaban nuevamente de tierra, a pesar de que ponía todo el cuidado en evitarlo... Pero aquel sabor a tierra se debía a que la señorita Blaine había hundido su boca en la suya. La señorita Blaine... La pobre señorita Blaine no sabía evitar la tempestad de arena, su boca se había llenado de tierra, y ahora, al besarlo de aquel modo tan profundo le llenaba también su boca de... Clinton Monrovie quedó petrificado bajo el aullante viento, bajo la furiosa, salvaje tempestad. Sus oídos estaban llenos de silbido de viento, pero, al mismo tiempo sus labios estaban llenos de los labios de la señorita Blaine. Todo sabía a tierra, a arena, a polvo... A delicioso polvo de salvaje tempestad...

Cuando su boca quedó libre, un enorme puñado de arena entró en ella. Y al mismo tiempo; junto a su oído, oyó la voz susurrante de la señorita Blaine:

—Quédate conmigo... Volveremos juntos a Middle Town, o iremos adonde tú quieras... Adonde tú quieras, Clinton, pero... ¡quédate conmigo! Siempre conmigo...

Debía estar loco. Completamente loco, eso era, claro... Igual que cuando en el cobertizo soñaba que ella iba a visitarlo, le sonreía, y...

Apartó rudamente a Nancy Blaine, y se alejó, arrastrándose. El viento, ahora, no era una cosa lúgubre sino una voz amable, que repetía continuamente aquellas palabras: siempre conmigo..., siempre conmigo..., siempre conmigo...

—¡Clinton! —oyó—. ¡Clinton, vuelve...! ¡VUELVEEEE...!

Es curioso lo que consigue una salvaje tempestad: incluso le hace oír a uno cosas que no existen, que nadie dice. ¿O sí era la voz de la señorita Blaine? No, no... Claro que no... Era el viento, era la salvaje tempestad, que le estaba gastando una cruel broma. Siempre ocurre así: cuando uno está en

peligro, cree oír las voces más amadas, que dicen lo que uno desea oír... Así es la cercanía de la Muerte...

Cuando, muy cerca de él, un poco alto, brilló aquel otro fogonazo, estuvo seguro de que no se equivocaba. La Muerte le estaba llamando, pero antes, le permitía oír aquella voz, aquellas palabras por las que, realmente no le importaba dar la vida.

La bala chascó junto a, su cabeza, rozó su costado, y se hundió blandamente en la gruesa capa de tierra, mientras en sus oídos resonaba todavía la voz de la señorita Blaine:

—¡VUELVEEEE...!

Capítulo VIII

Por encima de él...

Alzó los ojos llenos de tierra y le pareció ver aquella sombra envuelta en arena en el descansillo, de la escalera de atrás del saloon...

¡Crack!

Otro fogonazo, y otra bala que partió en busca de su cuerpo. Notó el impacto junto a su mano izquierda, que se extendía sobre el polvo. Y al mismo tiempo, decidió que todavía era momento de luchar. Por puro instinto, su revólver se había alzado, firme en la mano derecha. Apretó el gatillo, y oyó arriba el grito de dolor, el angustiado gemido de espanto, que se prolongó brevemente..., hasta que por delante de él, muy cerca, algo cayó pesadamente, con blando sonido.

Distinguió aquella forma humana, y oyó los gemidos, los profundos sollozos de dolor, de miedo a la muerte.

—¡Louise! —gritó.

Se arrastró hasta la mujer, que estaba tendida boca arriba, expuesta a la salvaje tempestad; su boca, sus ojos, sus oídos, todo se llenaba de arena rápidamente.

—Louise... —gimió roncamente Clinton—. No debió salir usted a buscarme, no debió disparar contra mí... ¡Creí que era Jacob! ¡Por Dios, no ha debido hacerlo...!

—Monrovie... —jadeó ella, escupiendo tierra—. Monrovie, no..., no lo mate... Yo... lo amo, lo...

Eso fue todo. La cabeza cayó, lenta, blandamente, hacia un lado. Clinton Monrovie quedó allí, mirando aquel rostro que se iba quedando del color de la tierra, como si fuese... una piedra más, blanca, rígida. Si hubiera sabido que era Louise quien le atacaba, no habría tirado de aquel modo, no habría disparado a matar... Quizá ni siquiera habría disparado.

—No ha debido hacerlo... ¡No ha debido venir usted a por mí, Louise!

—¡Clinton! ¡Clinton!

Volvió la cabeza, y vio a las dos muchachas acercándose, casi de rodillas, zarandeadas, por el fuerte viento. Nancy fue la primera en llegar, y cayó finalmente de rodillas, junto a él, abrazándolo con desespero.

—Clinton, ¿estás bien? ¿Estás bien?

—Sí... Estoy bien.

—¡Gracias a Dios! ¡Temí...!

—No se preocupe más, señorita Blaine. Tal como están las cosas ahora, creo que tenemos la partida ganada. Podrán volver sanas y salvas a Middle Town. Dentro de poco las acompañaré hasta un lugar desde el cual podrán continuar solas...

—¡No! ¡Tú vendrás conmigo!

—Señorita Blaine, ya no es necesario que se esfuerce más... Y está todo solucionado, prácticamente. Agradezco mucho el aliento que me ha estado dando, pero ya no necesita... fingir más. Gracias de todos modos.

—¿Crees que estoy fingiendo? ¿Crees que todo lo que he dicho y hecho ha sido para que continuases... dando tu vida por mí, por nosotras, para que nos salvases...?

—Los caballos están dentro —murmuró Clinton—. Iré a por ellos. Y ahora ya pueden venir conmigo. El peligro pasó, y...

—Clint, estás equivocado... Te quiero. Te quise desde que te vi llegar a Middle Town, desde la ventana de la escuela. Fue... algo nuevo, fuerte y dulce para mí... Algo inesperado. Te he estado queriendo siempre, Clint, pero el estúpido orgullo... Temía que se riesen de mí, pero... pero nadie podría reírse de ti, nadie... Y ahora, ya no me importaría. Volveremos juntos a Middle Town, y les diremos a todos que te quiero, que te... ¡Clint!

Clinton Monrovie, evidentemente, no quería oír nada más. Se arrastraba ya hacia la parte de atrás del saloon, donde había visto antes la entrada al local por la parte del fondo. Debía haber una habitación, se podría pasar al saloon...

Efectivamente. Y además, la puerta estaba arrancada. Por allí debían haber salido Walworth y Bill, para cazarle por detrás. Entró, y se puso en pie, con dificultades. Por fortuna, el tremendo balazo de rifle tenía también sus ventajas: la bala llevaba tanta fuerza que atravesaba todo lo que encontraba a su paso, de modo que no la llevaba incrustada en la pierna. Allí dentro había también un fuerte remolino de polvo, pero más adelante, cuando hubo cruzado la otra puerta, dejándose caer en el fondo del saloon, todo cesó. Se pasó la mano por los ojos, pero sin dejar de mirar hacia delante. No veía a

Jacob. Los caballos estaban allí, inquietos. Ni rastro de Jacob. Por supuesto, debía estar escondido...

Nancy y Betsy se dejaron caer a su lado. Las miró, y sonrió duramente; en verdad, el aspecto de las dos jovencitas era bien diferente ahora. Estaban irreconocibles. En aquellas circunstancias, no cabía duda de que él conservaba su personalidad, su fuerza, el dominio de la situación.

Abrió el cilindro del revólver, y lo limpió, con un pañuelo; también fue limpiando las nuevas balas que fue introduciendo, una a una con todo cuidado. Cerró el cilindro, y alzó un poco la cabeza.

—¡Jacob! —llamó.

Silencio.

—Jacob, está usted solo ahora. Y sé que está herido... No va a poder vencerme ya, de ninguna manera. ¿Me está oyendo?

—¡Venga a buscarme si se atreve, Monrovie! —fue la respuesta.

—Escuche, he matado a Louise... Creí que era usted quien me disparaba, tiré yo también y... Lo siento de veras, Jacob.

—¡Monrovie, le voy a matar...! ¡Le voy a matar, aunque sea lo último que haga en mi vida!

—¡No sea idiota! Usted tiene todas las de perder en una pelea conmigo. Atienda: le prometí a Louise que lo dejaría marchar vivo, y voy a cumplirlo. ¿Quiere escuchar mi último trato, Jacob?

—¡Por mí, puede hablar todo cuanto quiera!

Clinton estaba ya mirando hacia el lugar donde sonaba la voz de Jacob Neilan: detrás de dos mesas volcadas y superpuestas por la superficie; buena protección. Pero un tanto molesta, ya que, desde donde estaba Clinton, dominaba todo aquel terreno, todo el local. Jacob no podría salir de allí mientras él tuviese un arma en la mano.

—Este es el trato: dígame quién les ayudó en el parador, y le dejaré marchar. Le daré un caballo, Jacob, y podrá marcharse. Sé que está herido, pero podrá arreglárselas. Le dejaré marchar con un caballo, Jacob. ¿Qué contesta?

No hubo respuesta. Durante un larguísimo minuto, no hubo respuesta. Por fin, llegó de nuevo la voz de Neilan:

—¡Monrovie!

—Le escucho.

—Acepto su trato... Voy a salir. Pero quiero verlo a usted delante mío, con el revólver en la funda. ¡Si intenta algo...!

—No intentaré nada, no sea estúpido. Pero antes de salir, tiene que decirme el nombre de su compinche.

—Parker Elbrick.

—¡No! —gritó Betsy Wender.

—Jacob, no diga tonterías... —masculló Clinton—. ¡Quiero la verdad!

—¡Ésa es la verdad! Parker llevaba algún tiempo dándonos información sobre las diligencias que llevaban dinero, y habíamos asaltado ya unas cuantas, hasta que se puso difícil. Entonces, él tuvo la buena idea de robar el dinero cuando todos creyesen que estaba en lugar seguro... Nos dejó entrar por la cochera del parador, y Sheldon se encargó del vigilante. Luego, Parker abrió la caja, fue a guardar su parte en no sé qué lugar del parador, y regresó. Nosotros ya habíamos metido el dinero en una bolsa, y teníamos lista la caja para llevarnos la parte en monedas. De acuerdo a lo convenido, él dejó allí una hebilla de la bota de un tipo que cargaría con todo aquello. Luego, le golpeamos, para que nadie sospechase de él... Y entonces llegaron las dos chicas. Las...

—Esa parte ya la sé, Jacob. Escuche una cosa: si me ha mentado, me enteraré. Y entonces le buscaré, Jacob. ¿Lo entiende? Y será mejor que si eso ocurre no se haga ilusiones de vencerme. ¿Está claro?

—He dicho la verdad. Ahora, salgamos los dos, Monrovia... Y no olvide que quiero ver su revólver en la funda...

—De acuerdo... Vaya saliendo, Jacob.

Clinton consiguió ponerse en pie y caminar un par de pasos, hasta llegar a una de las columnas de madera, en la cual se apoyó de espaldas. Jacob empezó a salir de detrás de las mesas, con las manos en alto, mirando con desconfianza hacia Clinton, que enfundó el revólver al ver las manos vacías de Jacob. Este acabó de incorporarse.

—Márchese, Jacob... —musitó Clinton—. Louise me pidió que no lo matara y pienso cumplirlo. Tome su caballo y márchese.

—Está bien...

Jacob Neilan dio paso hacia delante, no muy firme. Pero, de pronto, pareció a punto de caer, y tuvo que sujetarse a las mesas... Estuvo unos cuantos segundos allí, con los ojos cerrados, como haciendo un gran esfuerzo para no perder los sentidos. Por fin, abrió los ojos, dio otro paso hacia delante, soltándose de la mesa... y el revólver que había escondido allí, sobre una de las patas que ahora estaban paralelas al suelo, brilló en su mano.

Sucedieron varias cosas a la vez. Betsy Wender lanzó una ahogada exclamación, olvidándose de sollozar por lo que acababa de oír respecto a

Parker Elbrick. Nancy Blaine lanzó un grito de advertencia. Jacob Neilan lanzó un triunfal:

—¡Maldito, vas a ver...!

¡Pack!

Y, por último, Clinton Monrovie disparó.

Jacob Neilan recibió la bala en el centro del pecho, giró sobre sí mismo, cayó de bruces hacia la puerta principal del saloon, y todavía pudo volverse, colocarse de rodillas.

Finalmente, con los ojos abiertos, cristalizándose rápidamente, Jacob Neilan volvió a caer de bruces, y quedó inmóvil. En el supuesto de que tuviera alma, ésta debía estar reuniéndose con la de sus compañeros de fechorías, y con la de Louise Scott..., allá en el infierno.

Clinton Monrovie soltó un gruñido, guardó el revólver, y se dirigió, cojeando, al lugar donde habían estado sentadas antes Nancy y Betsy; señaló los caballos con la mano que sostenía la botella.

—Lo siento —musitó—, pero no podré ayudarlas a colocar las sillas... No conseguiría sostenerme en pie ni un minuto. ¿Pueden hacerlo solas?

Nancy corrió hacia él, se arrodilló a su lado.

—Clint... —gimió—. Deja que primero curemos tu herida...

—¡Déjeme en paz, señorita Blaine! —rechazó él, casi violentamente—. Ya todo terminó. Ensillen dos caballos y márchense. Es todo.

—Clint, te juro que te he dicho la verdad antes: te quiero, te quiero... Desde que te vi por...

—Por la ventana, ya lo sé. Ha terminado el cuento, señorita Blaine. Muchas gracias y... adiós.

—Pero Clint...

—¡Váyase al demonio! Y además, hágame un favor, ¿quiere? No insista en su... amor. ¡Ya no me interesa! ¡Largo!

Nancy Blaine palideció y se mordió los labios. Lentamente, se puso en pie y fue adonde estaban las sillas de montar. No le fue precisamente fácil alzar una hasta el lomo de uno de los caballos, pero lo hizo. A Betsy Wender todavía le costó más esfuerzo.

Clinton bebió otro trago y soltó una risita. Sus ojos iban perdiendo brillo, parecía que se iban apagando...

—Es una lástima, ¿verdad? ¡El mozo de cuadras no esta disponible ahora!

Nancy se volvió y lo miró suplicante.

—Clint, déjame curarte. Déjame que...

—Me las arreglaré muy bien cuando esté solo. Largo, largo, señoritas... Y no se acerquen demasiado a los caballos... ¡Podrían oler a establo, ya saben! ¿No es así, señorita Wender, hija del muy digno alcalde de Middle Town?

Betsy también lo miraba fijamente. Se mordió los labios y no contestó. Todo cuanto aquel hombre les dijera, lo tenían más que merecido. Tenía todo el derecho del mundo a escarnecerlas porque no supieron defenderse, ni siquiera ensillar un caballo en dos minutos. Todo lo que aquel hombre le dijera se lo había ganado ella.

Invirtieron casi quince minutos en ensillar los caballos. Tuvieron que apretar y aflojar la cincha varias veces... Y cada vez que parecía que ya estaba lista, sólo con un movimiento del caballo resbalaba sobre su lomo y quedaba colgando en el vientre.

—¡Ah! —reía Clinton, cada vez más débilmente—. Estas no son sillas de paseo, ¿no es cierto? Son sillas de hombre, de jinete... Me pregunto cuántas sillas habré puesto yo en mi vida... Si hubiese tardado tanto como ustedes... ¡Je, je!

Nancy lo miró. Sabía que Clinton se iba a desmayar de un momento a otro. Y entonces sería el momento de curar su pierna, por la que estaba perdiendo demasiada sangre. Tenía completamente empapado el pantalón...

De pronto, se oyó el galope de varios caballos. Primero, muy amortiguado. Luego, cada vez más cerca, por la calle de Crossair, el pueblo fantasma...

—¡Betsy! —gritó una voz, en la salvaje tempestad exterior.

—¡Señorita Blaine! —llamó otra voz.

—Papá... —gimió Betsy—. ¡Papá!

Las dos muchachas se abalanzaron hacia la puerta doblemente cerrada, llamando a John Wender y a Jan Gartzman, cuyas voces habían oído perfectamente. Cuando por fin pudieron abrir la puerta, aquéllos ya estaban delante, y entraron impetuosamente, revólver en mano. Llegaban convertidos en fantasmas hechos de polvo y arena, blancos, ocres... John Wender se bajó el pañuelo que ocultaba casi todo su rostro, pálido de emoción, de alegría, recibiendo en sus brazos a la asustada Betsy.

—Hija..., hijita..., ¿estás bien...?

Betsy Wender rompió a llorar y su padre se dedicó por entero a consolarla, abrazándola. Jan Gartzman había visto el cuerpo de Jacob Neilan, pero su mirada fue en seguida hacia Clinton Monrovie, y su revólver lo apuntó.

—Clinton —masculló roncamente—: te juro que te encerré sin estar convencido de tu culpabilidad, aceptando las pruebas... Pero ahora, no tengo, más remedio que amenazarte seriamente. Sam Bible ha muerto. Pasamos por Middle Town a nuestro regreso de la frontera... Muchacho, no puedo creer eso de ti...

—Pues no lo crea... —sonrió crispadamente Clinton.

—Me cuesta trabajo, pero no tengo más remedio que...

—¡Él no fue! —exclamó airadamente Nancy, colocándose ante el alguacil—. ¡No fue él quien ayudó a robar el dinero, ni a matar a Sam Bible! ¡Fue Parker...! ¡Parker Elbrick! ¡Tiene el dinero escondido en el parador, y dejó entrar por detrás a los...!

—Maldita perra... —aulló Parker Elbrick—. ¡Tu lengua va a...!

Todos se habían vuelto hacia él, que continuaba formando parte del grupo, naturalmente. Le vieron llevar la mano al revólver, desenfundarlo, alzarlo... La sorpresa era tal que nadie consiguió reaccionar, permitiendo que Parker Elbrick dirigiera su arma hacia Nancy Blaine...

¡Pack!

—¡Auaaah! —aulló Parker, dando un salto hacia atrás.

Cayó de rodillas, volvió a alzar la mano con el revólver...

¡Pack!

La segunda bala acertó de lleno su corazón y, antes de caer de bruces, los ojos ya muertos de Parker Elbrick quedaron fijos en Clinton Monrovie, que sostenía en su diestra el humeante revólver.

—Eso... —masculló Clinton— por robarle una hebilla a un pobre muchacho que no podía comprarse botas nuevas..., señor Elbrick.

* * *

Todos estaban profundamente impresionados, contemplando los siete cadáveres ya preparados para ser colocados en sus caballos. Nancy Blaine lo había explicado todo, se habían recuperado los doce mil dólares, se había eliminado a una banda de forajidos, y ya en Middle Town encontrarían, entre todos el resto del dinero que Parker Elbrick había escondido. La magnitud de lo que había hecho Clinton Monrovie, un hombre sólo, no escapaba a la comprensión de nadie. Hacían falta muchas agallas para conseguir todo aquello. Empezando por poder escapar de la cárcel. Luego, cabalgar en solitario detrás de un grupo de forajidos dispuestos a todo, meterse de lleno en la boca del lobo, arreglárselas para que a las muchachas no les ocurriese nada, dominar la situación en todo momento... Muchas agallas.

—Seguramente... —murmuró Jan Gartzman— sería un buen alguacil. ¿No le parece, señor alcalde?

—Qué duda cabe, Jan..., ¡qué duda cabe! Por mi parte nunca podré pagar a este hombre lo que ha hecho por mí, por mi hija...

—No creo que él pida un precio muy alto... —sonrió Gartzman—. Vamos a ver cómo sigue. Tenemos que regresar ya. Casi ha parado la tempestad.

Se acercaron adonde estaban Clinton y las dos muchachas... Betsy parecía asustada y Nancy estaba llorando silenciosamente, fijos sus hermosos y enormes ojos en el desencajado rostro de Monrovie. Tenía la pierna vendada sólidamente. Sus ojos estaban cerrados y la boca se crispaba en una dura mueca.

Jan Gartzman se arrodilló junto a él, mirando de reojo a Nancy. Le puso una mano sobre el corazón y sonrió afablemente.

—Por si le interesa, señorita Blaine, Clinton está desmayado. Eso es todo. Bueno..., eso es lo menos que puede ocurrirle a un hombre que ha desencadenado aquí dentro una tempestad más salvaje que la que se oye ahí fuera. Regresemos a Middle Town.

Este es el final

—Muy bien... —sonrió el doctor Farrell—. Listo, muchacho. De todos modos, será mejor que esté todavía algunos días sin caminar. Tiene usted, como suele decirse, carne de perro, y en dos días no se puede pedir más. No lo, olvide: permanezca en este catre todavía cuatro o cinco días. ¿De acuerdo?

—Sí... —musitó Clinton—. Gracias, doctor. ¿Cuánto le debo?

Farrell se echó a reír.

—¡Esta es buena! —exclamó—. ¡Pregunta que cuánto me debe...!

Y, todavía riendo, abandonó el cobertizo.

Bien... De nuevo solo. Solo en su cobertizo... Clinton Monrovia alzó los ojos hacia el rayo de sol más grande de los que entraban en aquel maldito cobertizo. Por la noche volvería a entrar el viento. Y llegaba el invierno. Pensó en la casita de Nancy Blaine y en aquel confortable, limpio, cálido y alegre saloncito, con sus sillones enfundados en cretona, sus cortinas en las ventanas, sus flores en el pequeño jardín delantero de la casa... Pero, no. Ya no quería soñar más. No quería soñar que ella entraba allí... Ah, no. Ya no más tonterías. Se iría en cuanto pudiese montar. Eso haría...

¿Qué debía estar haciendo la señorita Blaine? Seguramente, dando la clase a aquel montón de tremendos chiquillos, claro... ¿Por qué no? A fin de cuentas, nada había pasado...; nada. O, al menos, todo había terminado. Eso era: todo había terminado. Lo mejor sería no verla antes de marcharse.

La puerta del cobertizo se abrió lentamente y Nancy Blaine quedó en el umbral, un poco encogida, cohibida, mirándole fijamente, escrutando su expresión.

—¿Cómo... cómo está, señor Monrovia? —musitó.

—Bien.

—Yo... he visto al doctor Farrell y me ha dicho que... que podía recibir visitas... Hasta hoy no quiso que nadie... Dice que se pondrá bien muy pronto...

—Sí. Eso parece, señorita Blaine. Espero poder marcharme de aquí dentro de una semana, como máximo.

—Ah... —ella entró tímidamente y se acercó al catre—. ¿No le gusta Middle Town?

—Sí... —musitó roncamente él—. Me gusta.

—Entonces... ¿por qué marcharnos de aquí, señor Monrovie? Todo el mundo le quiere y podríamos...

—¿Marcharnos? ¿Podríamos? ¿De quiénes está usted hablando?

—Oh, de... de mí... y de usted, señor Monrovie... Es que yo he... he decidido irme con usted.

—¿De veras? ¿Adonde?

—No importa eso.

—Vaya... Oh, bien, podríamos ir a cualquier pueblo, claro... Y nos contrataríamos los dos para trabajar en un establo... ¿Sí?

—Lo que tú digas, Clint. He sido muy tonta... Debí decirte esto mismo hace un mes, cuando llegaste y...

—Y me viste por la ventana, ya sé. Eres muy amable...

—Y tú muy... muy tonto... ¿No te diste cuenta? Yo te espiaba, pasaba siempre que podía por donde tú estabas, para verte, para... para mirarte, y sentía... sentía una cosa aquí dentro... Cuando fuiste la otra noche a mi casa, pensé... que tú te habías decidido a... a... ¡Me llevé una desilusión cuando comprendí que sólo ibas a buscar a la maestra, no a la mujer que te espera!

Clinton Monrovie parpadeó. Ah, demonios..., ¡aquél sí que era un bonito sueño! ¿O no era sueño? ¡La mujer que le esperaba! Esto, evidente, era un sueño. Y también era un sueño la proximidad cada vez mayor de los labios de la señorita Blaine hacia los suyos... Y también debía ser un sueño aquel contacto tibio, tierno, dulce, fresco, en su dura boca... Y aquel aliento junto a él, y la caricia de aquellas manos de seda en su barbudo rostro...

—¡Hey, Clinton! —estalló la voz de Jan Gartzman, de pronto, violentamente, en el cobertizo—. ¡Traigo unas noticias que...!

Había entrado como una mula en la cuadra, atronándolo todo, rompiendo la hermosa burbuja dorada del más hermoso sueño que jamás había tenido Clinton Monrovie. Cuando éste miró al alguacil, Gartzman estaba en el centro del pequeño cobertizo, un poco sonrojado. La señorita Blaine estaba sentada en el borde del catre, junto a él, como si estuviesen solos.

—Yo... yo... yo... —tartamudeó Gartzman—. Bueno, es que...

—Diga lo que sea, señor Gartzman.

—Pues... Es que me ha llegado un telegrama que... Bueno, resulta que aquellos tipos estaban reclamados. Cuatro de ellos, Clint. Las recompensas

ascienden a dos mil doscientos dólares. Me pareció... que te gustaría saberlo en seguida...

—Dos mil doscientos dólares... —exclamó Clinton—. Eso es mucho dinero...

—Pues..., ¡caramba, ya lo creo que es mucho dinero! También estamos esperando la recompensa de la South Overland, o sea, casi otros dos mil dólares más para ti.

—Entonces, yo podría dejar de trabajar en el establo, y dedicarme sólo a aprender a leer y a escribir... Y a lo mejor, muy pronto ya sabría hacerlo bien... Y entonces... entonces...

—Entonces... —sonrió Gartzman— yo te entregaría una placa de las que a ti te gustan. Podrías ser mi ayudante durante algún tiempo, y así, yo aprendería cosas de ti.

—Será al revés, ¿no?

—No. Lo he dicho bien... —rió Gartzman—. Bien, ¿aceptas el puesto? El doctor Farrell me ha dicho que ya estás bien, así que me he apresurado a decírtelo.

—Sí, lo entiendo... Bueno, aceptaría ese puesto, pero creo que tardaré mucho tiempo en saber leer y escribir, así que...

—Un mes... —dijo Nancy Blaine—. Ni un día más. Yo me encargo de ello, señor Gartzman.

—¡Estupendo! —exclamó el alguacil.

Clinton se pasó la lengua por los labios.

—¿Me guardaría usted esa placa... durante un mes?

Jan Gartzman echó una astuta y simpática sonrisa. Sacó una estrella de cinco puntas de un bolsillo y la clavó por la aguja en la pared.

—Aquí la tienes, Clinton. Tú mismo decidirás cuándo debes prenderla en tu pecho. Y ahora... Oh, tengo... tengo muchas cosas que hacer por ahí, sí... Esto..., muchas cosas. ¡Adiós!

Quedaron de nuevo solos. Clinton tenía la mirada clavada en aquella estrella de cinco puntas. Sí. Él haría todo lo humanamente posible para que también hubiese un buen recuerdo de los Monrovia. Malo y bueno. Así es la vida... Y, como suele decirse, «de todo hay en la viña del Señor». También podía haber de todo en los Monrovia.

—Entonces... —susurró Nancy—, ¿nos quedamos aquí, Clint?

—Sigue convenciéndome de que me quieres, maestra. Lo demás es cosa que puede hablarse en cualquier momento... Pero no en éste.

Nancy Blaine lo convenció completamente.

Y es que..., ya se sabe: por salvaje que sea una tempestad, después viene la calma.

* * *